



EMMA M. GREEN

**iTú te lo
buscaste!**

Addictive  Publishing

2



EMMA M. GREEN

¡Tú te lo buscaste!

Addictive  Publishing

2

En la biblioteca:

Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

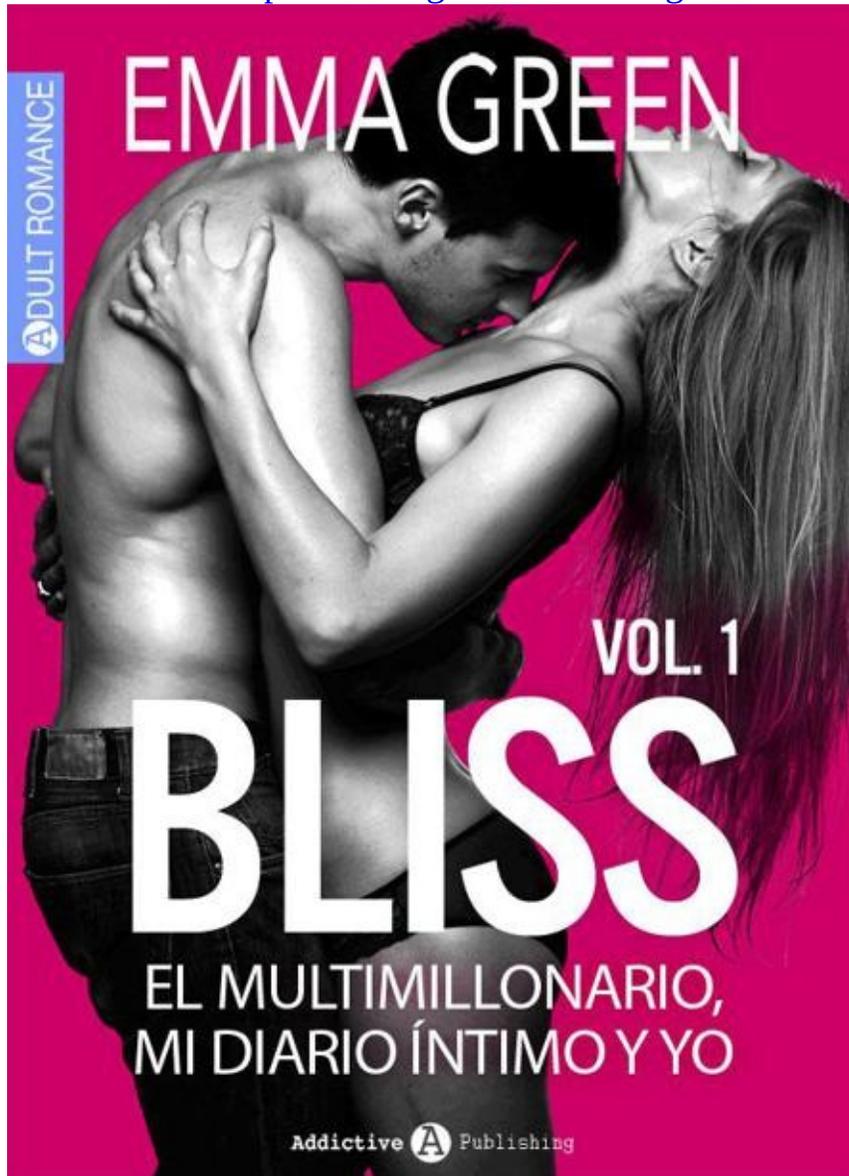


En la biblioteca:

Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

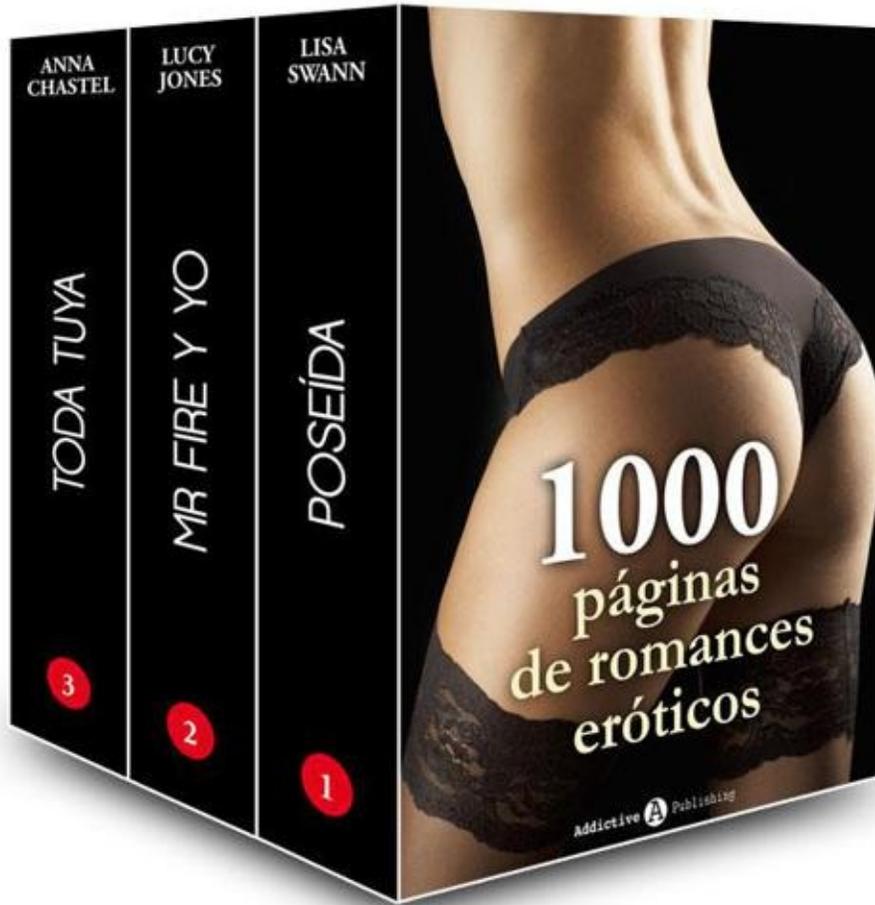


En la biblioteca:

1000 páginas de romances eróticos

Horas de romances apasionados y eróticos Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



En la biblioteca:

El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.

Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

ROSE M. BECKER

EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO



Addictive  Publishing

Emma M. Green

¡Tú te lo buscaste!

Volumen 2

ZNIL_002

1. Alto

Valentine

Seguramente tengo la autoestima muy alta (o al menos pienso que mi sistema reproductivo es muy inteligente) ya que llegué a pensar que la píldora del día siguiente no funcionaría conmigo y que yo sería parte del 5 % de las mujeres con hormonas invencibles. Lástima. Pensé que una diosa de la fertilidad se acoplaría bien con un vikingo sobrehumano con trenzas. A pesar de los problemas infinitos que pudieron haber sucedido con él, me habría gustado verme como Artemisa, con el cabello corto, mi aljaba, mis flechas y con un vientre grande, defendiendo la vida cueste lo que cueste; o quizá verme como Juno, con esos senos tan grandes que se salen de su toga romana, sola, dando a luz a un semi-dios, mientras su infiel Júpiter se divierte haciendo del cielo y de la tierra lo que le viene en gana. En una de mis crisis de necesidad extrema, incluso busqué cuál es el nombre de la diosa fértil en la mitología escandinava: Frigg. ¿Suena hermoso, no? Es un nombre muy dulce, muy cálido. No es para nada un nombre frígido. No, en verdad, la cultura nórdica no está hecha para mí. Seguiré llamándome Valentine y guardaré mis sueños de tener pequeños Nils en un rincón (bien escondido) dentro de mi cabeza, dentro del cajón que dice « deseos que nunca se deben saciar ».

Desde hace seis meses me alegro cada día por no haber repetido la historia familiar; por no haberme embarazado del hombre equivocado, demasiado guapo para ser real, demasiado estúpido para quedarse (y sobre todo demasiado extraordinario como para conformarse con una morenita con la que se acostó en la parte trasera de una pick-up en la selva de Madagascar). Seguramente, para Nils Eriksen, esa sólo fue una noche como cualquier otra. La prueba de ello es que ya me reemplazó por una putita pelirroja de senos tan saludables que se desbordan y que son capaces de alimentar a una familia numerosa, incluso a pequeños vikingos hambrientos. Entre Nils y esa famosa Rita, las cosas pudieron no haber durado. Jamás debí haberme enterado de su relación. Sin embargo, ella tenía que hacer un poco de teatro, sus caprichos de actriz joven y mostrar fotos un tanto escandalosas para que la gente hablara de ella. Y, por consiguiente, de él. Una de esas fotos llamó mi atención, una bella mañana, por coincidencia, mientras yo hojeaba con vergüenza una revista de espectáculos en la sala de espera del dentista.

Cuando el doctor Wong me llama, justo estoy leyendo la nota de una maldita foto: *La monumental Rita Shank no le teme a nada... ni siquiera a los resfriados*. Estas líneas estaban escritas debajo de un cliché donde la actriz baja de un automóvil y donde se veía que al parecer había olvidado ponerse pantaletas. Cuando el doctor Wong repite: « ¿Valentine Laine? » con un tono interrogativo y un poco impaciente, acepto quitar los ojos de la revista barata y cruzo la mirada con el único paciente que está en la sala. Se trata de una persona de sexo masculino y de edad avanzada que levanta las manos para convencer al dentista de que él no se llama Valentine. Yo, muy amablemente, dejo que aquel viejo inocente pase antes que yo a la silla de tortura para así poder terminar mi lectura. El artículo dedicado a Nils y a Rita no pasa de las seis líneas y termina con esta frase: « Aparentemente, este guapo rubio de porte sueco, que le abre la puerta, está acostumbrado a las corrientes de aire fuertes. ¡No parece tenerles miedo! »

¡Es noruego, bola de idiotas!

No, no le tiene miedo a nada. Y, efectivamente, puede darle calor a quien sea...

Cierro secamente la revista, como si el golpe de las páginas pudiera convertirse en una bofetada

directa, de mi parte, sobre la mejilla de Rita Shank. Después espero nerviosa mi turno, mientras pienso que voy a llegar tarde a la oficina; que no debí haber dejado pasar antes que yo al « Señor Valentine »; y que incluso la sensación de la fresa de acero en mis dientes será una tortura insignificante comparada con esta maldita foto que se quedó grabada en mi mente. La imagen de Nils con su traje gris oscuro; Nils con su cuerpo de gladiador; Nils y su cabello rubio casi blanco, que le ha crecido desde la última vez que lo vi; Nils y su mano inmensa abierta hacia arriba, tomando elegantemente los dedos barnizados de Rita; Nils con sus hermosos ojos grises entrecerrados, quizá porque admiran el espectáculo de la actriz exhibicionista, o quizá porque les molesta el flash del fotógrafo. El zumbido metálico que se escucha del otro lado de la pared me pone un poco más tensa y mi interior sádico se divierte torturándome una vez más, al revelarme los recuerdos invisibles sobre la foto: los sublimes tatuajes tribales que danzan en sus grandes hombros; el contraste de los dibujos negros y misteriosos sobre su piel blanca, casi angelical; su cabello largo y sedoso de aquel entonces, que se escurría entre mis dedos; la fuerza delicada de sus manos, siempre suaves y viriles, sobre mi cuerpo; la marca de mi mordida de placer en la palma de su mano, prueba de nuestra noche ardiente que seguramente ya se le borró.

¿Por qué estas imágenes me atormentan aún? ¿Por qué todas mis sensaciones parecen estar muertas después de todas las que él me provocó?

¡Dr. Wong, venga a buscarme! ¡Y provóqueme dolor, por favor, para que pueda olvidarlo!

Después de una limpieza bucal indolora (y completamente incapaz de completar su « misión de sensaciones »), llego justo a tiempo a la torre Cox a la reunión de las diez de la mañana. Me dirijo directamente hacia la pieza principal, con mi saco y mi bolso todavía sobre los hombros.

– ¿Te tomaste la mañana? – me pregunta mi padre que ya está sentado a la cabeza de la gran mesa en forma de U, con Lana a su lado–.

No sé si este comentario es una broma tonta de oficina, una tentativa de complicidad entre padre e hija, o sólo una de sus observaciones de *control freak* adicto al trabajo que nunca pensaría en comenzar su jornada laboral después de las siete y media de la mañana.

– Gracias por preocuparte por mis horarios, Darren – contesto completamente seria –. La próxima vez te pediré un permiso para ausentarme antes de hacer cita para mi Papanicolaou anual. Tranquilo, no hay nada que temer. No hay descendencia a la vista. No tendrás que agregar a otro hijo no deseado en tu testamento. A menos de que alguien más quiera darte ese regalo voluntariamente...

Sin que yo tenga siquiera que mirarla, Lana (que es el brazo derecho de mi padre y su amante favorita) se sonroja y esconde la cara entre los documentos que tiene cerca. Parece que no se da cuenta de que está mirando un montón de hojas escritas al revés y que evidentemente olvidó voltear antes de intentar guardar la compostura. Mi padre se conforma con aclararse la garganta, ajustarse el nudo de la corbata que estaba perfectamente bien colocado y con sonreír falsamente a Faith y a Lewis que apenas acaban de llegar. Inmediatamente después vienen Becca, Jeff y Rory, los tres jefes de servicio que faltaban.

– Ya estamos todos. Podemos comenzar – anuncia rápidamente Darren para romper el silencio incómodo, mientras frota ruidosamente sus manos secas una contra otra–.

Ignoro su tic de impaciencia y empiezo la reunión diciendo que nuestro nuevo servicio de trueque va a poder lanzarse en versión beta. Evidentemente se espera que el servicio tenga éxito e incluso que revolucione el mercado de ventas en línea. Exceptuando a mi padre, todos alrededor de la mesa muestran una sonrisa orgullosa, victoriosa... y cansada. Apenas han pasado seis meses desde que estamos llevando a cabo esta idea para ganarle terreno a nuestra competencia directa. Junto con Faith, mi nueva

asistente, los equipos de innovación y desarrollo, el personal creativo y los agentes de ventas, trabajamos sin descanso en esta carrera contrarreloj. En toda la historia del grupo Cox, nunca se había pensado, concebido y producido un servicio en tan poco tiempo. Darren, al igual que cualquier gran directivo, debería estar maravillado. Sin embargo, sólo asiente con la cabeza, agitando su cabello blanco (que se deja un poco largo para verse joven). Sus pequeños ojos negros y serios no demuestran ningún tipo de expresión (pero traicionan mucho sus 64 años).

Hay cosas que ni siquiera una fortuna de diez billones de dólares puede pagar...

Cansada de su indiferencia, le doy la palabra a Lewis Cole para los detalles técnicos y, sobre todo, para las cifras que deberían interesar un poco más al gran directivo Cox. Con su voz monocorde, Lewis me aburre más rápido de lo que pensé. Aprovecho esto para dejar que mi mente se distraiga discretamente. Mi cabeza se divierte resumiendo la situación: yo, Valentine Laine, me acosté con el hombre que contrató mi padre para traerme sana y salva de un secuestro violento en Madagascar. Por cierto, lo contrató, no para proteger a su única hija sino para asegurar el futuro de su grupo adorado. Esto podría ser un poco triste y, evidentemente patético, pero, visto desde este ángulo, la situación casi me hace reír. El dinero del mismísimo Darren Cox pagó mi noche de sexo demente a la luz de las estrellas. Es la primera vez que me dan ganas de decir sinceramente « ¡gracias, papá! ».

¿Y si hago que me secuestren de nuevo...?

Pienso en esta idea tonta mientras garabateo sin pensar en la esquina de una hoja, hasta que me doy cuenta de que dibujé figuras misteriosas y tribales que rellené de color negro y que Faith intenta descifrar mientras mira sobre mi hombro.

[Al menos finge que estás poniendo atención a la reunión... ¡No como yo!] escribo con pequeñas letras para que Faith lo lea, y después agrego una carita que le guiña el ojo.

¿Cómo puedo perder todo mi prestigio profesional en menos de diez segundos por un maldito rubio colosal y tatuado que me olvidó tan rápido como me sedujo? Yo debería hacer lo mismo que él. Debería borrarlo de mi memoria. De mi piel. Ya pasaron seis meses y estoy segura de que mi cerebro hizo más bellos los recuerdos que tengo de esa noche. Qué patético. ¡Nils Eriksen, sal de este cuerpo! ¡Ahora mismo! Si no, regresa a quedarte dentro, suavemente, profunda y locamente, como bien sabes hacerlo...

¡No! ¡Alto!

Cierro la boca que tenía estúpidamente entreabierta, volteo mi hoja garabateada y vuelvo a tomar una postura más pro, con los ojos fijos en el buen viejo Lewis Cole. Mientras recita sin ninguna modulación todos esos datos, que sin embargo son interesantes, su camisa se tensa sobre su gran barriga y la tela se separa peligrosamente entre dos botones, justo a la altura del ombligo. No sabía que alguien podía estar tan velludo en esa zona. Por cierto, ¿cómo era el vientre de Nils? Musculoso, sí, pero ¿imberbe o no?

¡Dijimos alto!

Sé que estoy mal cuando ya ni siquiera el trabajo que amo logra hacerme olvidar a ese imbécil. Tengo un millón de cosas que hacer, como todos los días. Tengo que provocar a mi padre e ignorar a su amante. Tengo que ver por mi madre, debo (y quiero) ir a eventos de gala mundanos a los que no puedo faltar. Incluso tengo un novio, o algo así (al menos es alguien que aceptaría ese título si se lo pidiera). No como el otro. Como sea, mi vida ya está suficientemente ocupada. No lo necesito a él.

Después de una hora de escuchar a Lewis y de casi dos horas de dar dos vueltas a la mesa (en las cuales todos pudimos tomar la palabra para presentar nuestra parte), veo a Aina del otro lado de los cristales que rodean la sala de juntas. Me está haciendo grandes señas. Me muestra su reloj con el dedo índice, luego señala su boca muy abierta y su vientre que al parecer está vacío. Forma con los brazos las manecillas de un reloj que giran en cámara lenta y, al final, simula un ataque de hipoglucemia. Yo retengo las ganas de reír a carcajadas, le agradezco a Rory, el último en intervenir, y luego libero a todo el

cuerpo de trabajo que muere de hambre y que seguramente está deseando ir a estirarse, no sin antes citarlos para la reunión de esta tarde donde se dirán los últimos puntos.

– ¡Pensé que nunca saldrías de tu acuario! – se queja mi amiga de infancia, en voz baja–.

Yo contesto con una perfecta imitación de *Nemo* a cada una de sus preguntas. Abro grandes los ojos y hago bizcos, lleno las mejillas de aire y finjo hacer burbujas con la boca, hasta que Aïna salta a mis brazos. Estos últimos meses ha estado trabajando intensamente en su reportaje que denuncia el tráfico de la madera del Palo de Rosa en Madagascar y logró vender su filme a una cadena de televisión francesa. Por ahora, ni siquiera puede pensar en poner un pie en su país natal, ya que se convirtió en una *persona non grata*. Debido a ello, vino a verme desde hace algunas semanas a los Estados Unidos (después de que se lo pedí un millón de veces). Aquí podrá al fin despejarse un poco de todo, mientras sigue combatiendo desde lejos. Creo que no se imaginó que sería tan difícil obtener un pequeño lugar en mi horario sobrecargado. Aïna optó por dejar de hacer citas conmigo, que regularmente suelo posponer, y prefirió venir a sorprenderme en la torre Cox y a seducirme con sus ojos de perro hambriento.

– ¿Bueno, ya vamos a comer? ¡Te estoy esperando! – pregunto irónicamente mientras me alejo–.

– Mira. ¡Hola, Faith! – dice alegremente mi amiga, a mi asistente que también va hacia la salida–.

– Buen día, señora – responde Faith sin siquiera sonreír, antes de salir casi corriendo–.

– ¡¿Señora?! ¡¿Yo?! ¿Valentine, estás segura de que no se droga?

– Faith es *ligeramente* protocolaria – intento explicarle – Puede parecer un poco severa pero lo hace para esconder su timidez...

– Nunca entenderé porqué contrataste a una chica tan diferente a ti... y a mí – suspira Aïna, haciendo una cara de capricho–.

– Porque necesito a alguien riguroso, derecho y aplicado para que me ayude. Alguien que tenga un sentido del humor que no me distraiga cada treinta segundos. Necesitaba a alguien que no fuera bueno haciendo mímica, por ejemplo, y que no me contara sus locuras sexuales o sus fantasías con Tom Hardy todas las mañanas frente a la máquina de café.

– Sin bromas y sin sexo, ¿¿acaso quieres morir?! – me pregunta, sorprendida–.

– Estoy segura de que Faith esconde su sexualidad. La tiene enterrada en alguna parte que se despertará tarde o temprano...

– ¡Detente, me niego a imaginarlo! – refunfuña Aïna.

Con sus trenzas pegadas al cráneo, su pantalón sarouel (sin duda lo consiguió en el comercio equitativo), su blusa corta, sus sandalias de cuerda y sus dos aretes diferentes, mi mejor amiga es la clásica chica *roots* que toma la ducha cada tercer día, come semillas, fuma hojas y fabrica ella misma su ropa y sus alhajas. Pero para conocer de verdad a Aïna Rakoto (o más bien a Vololoniaïna Rakotonalohotsy), hay que ver más allá de todo esto.

Se pone frente a mí, con los brazos cruzados y una mueca refunfuñona en su lindo rostro típico malgache. Miramos a mi asistente que se aleja. Vemos frente a nosotras una gran liana de piel muy negra y de cabello tan liso y rígido como su andar, maltratado por la plancha para el cabello que seguramente utiliza cada mañana para aplacar su melena crespa. Ésta es la evidencia de que esta mujer es solo rigidez, rectitud y disciplina. Todo lo contrario a mi amiga de infancia que es flexible, astuta, imprevisible, apasionada por la libertad y que se adapta fácilmente.

– Bueno, está bien, quizá Faith es un poco psicorígida – termino admitiendo y aceptando mi derrota–.

– ¡Es tan seria que la escoba que tiene en el trasero ya se convirtió en un árbol secuoya! – concluye alegremente Aïna–.

Suelto una carcajada sin quererlo y pongo mi brazo bajo el suyo para llevarla, finalmente, hacia afuera. Después de salir de la torre, nos sentamos en unos bancos altos de un restaurante de ensaladas de

Downtown Los Angeles. Ordenamos platillos con nombres bonitos y « naturales » y nos traen tazones enormes llenos de verduras crudas y coloridas, ingredientes fritos, quesos de todo tipo y salsas espesas que al final ya no son tan saludables.

– ¿Entonces Milo todavía no te pone el anillo en el dedo? – me interroga la curiosa de ojos de almendra–.

– En verdad pensé que iba a arrodillarse la última vez que salimos juntos. Te juro que mi corazón se detuvo mientras se ataba las agujetas.

– Creí que Milo De Clare era exactamente tu tipo de hombre... – insisten los ojos fisgones–.

– ¿Qué quieres que te diga? Es encantador y refinado, interesante y culto. Me abre la puerta del auto y me pone su chaqueta sobre los hombros. Tiene buenos modales y excelentes valores, unos ojos verdes hermosos y un gran futuro por delante. No le haría daño ni a una mosca, incluso si ésta se lo buscara...

– Y tú, Valentine Laine, tienes ganas de que te lastimen un poco– me molesta Aïna mientras se balancea sobre su banco, con un aire salvaje–.

– ¡No! – me defiende mientras borro la imagen de Nils que surge de pronto en mi mente –. Sólo tengo ganas de tener un poquito de miedo de lo que podría pasar.

– Si lo que quieres es aventura, empieza por dejar la torre dorada y tu acuario de peces. ¿Cuándo nos vamos?!

– ¡Cuando no corramos el riesgo de que nos atrapen, secuestren y manoseen unos locos...!

– Creo que no dijiste lo mismo cuando te dejaste manosear en la parte trasera de cierta pick-up.

– Ah, eso... – digo con un tono despreocupado –. Fue diferente. Había mucha adrenalina en mi sangre y tenía que exteriorizarlo.

– ¡Y toda la selva aprovechó su encuentro! – sonrío Aïna–. Parece que en Madagascar los animales se niegan a reproducirse desde que te vieron con Nils... ¡Es demasiada presión!

– ¡Y yo les doy la razón!

Río de buena manera pero justo en este momento me doy cuenta de por qué ya no logro dejar que Milo se me acerque, me desvista y me acaricie.

Es demasiada presión. Y no siento suficientes escalofríos.

Después de haber pasado una noche con el rubio, era inevitable que no lo comparara con el moreno.

– ¿Aún no tienes noticias nuevas de Nils? – retoma mi amiga cuando al fin deja de reírse de su propia broma–.

– No, y sigo sin querer que le pidas su número de teléfono a Samuel – le advierto–. Eso pasó hace ya seis meses y te recuerdo que es un detective privado. Si hubiera querido contactarme, desde hace mucho tiempo habría encontrado la manera para hacerlo.

– OK, como quieras...

– Y ya tiene mucho tiempo que esa bestia salió de mi mente.

– ¡Ya entendí! – dice Aïna, rindiéndose–.

– ¿Siguen en contacto Sam y tú?

– Más o menos– me responde con la boca llena–. Nos vimos varias veces en París, ¡antes de que alguien me obligara a mudarme a California!

– ¡¿En verdad tenían muchísimas cosas que contarse?! – pregunto lo más discretamente posible–.

– Hay un tipo interesante detrás de esa imagen de buen orador. Ya ha vivido diez vidas junto con Nils.

– ¿De verdad? – comento para hacer que diga más información–.

– Sí. Una infancia caótica, familias que los adoptaron, fugas... luego el infierno y tener que buscar cómo arreglárselas cuando fueron adolescentes. Después de eso no sé mucho.

– Es difícil salir adelante en esas condiciones– digo un poco triste– Pero, además de su asqueroso

humor y su amor violento, no me parecen ser tan inestables...

– Al parecer tienen más cosas en común. Como el gusto por el peligro, la desobediencia y, obviamente, tienen un problema con el encariñamiento.

– Seee– balbuceo mientras levanto los hombros, fingiendo torpemente ser escéptica–.

– Como quiera, es curioso que tengas ganas de saber esta clase de cosas acerca de una « bestia que ya salió de tu mente »– me molesta mi amiga–.

– ¡Pues me interesa la vida de los seres humanos!

– Sí, sobre todo cuando el ser humano parece vikingo, tiene un cuerpo de ensueños que hace vibrar las pick-ups y cuando sus malos modales hacen fantasear a las mujeres que están casi comprometidas...

– ¡Cállate o te meto estas bolas de queso mozzarella en las fosas nasales!

Cállate o terminaré confesándote que sólo pienso en él, casi todas las noches. Sueño con Nils que me hace sentir bien y que me hace todas esas cosas. Y con el Nils que podría lastimarme...

¿Por cierto, qué no habíamos dicho alto?

2. No es para mí

Valentine

En los mejores días, sólo veinte minutos separan a la torre Cox de la villa Cox, que está situada en Santa Monica. Cuando el tráfico no es tan fluido como hoy, el desplazamiento toma el doble de tiempo.

Como mi padre es un narcisista de primera, todas las cosas tienen que llevar su apellido.

Tomo mi teléfono y reviso rápidamente los últimos mensajes que he recibido, sin dejar de mirar el semáforo. No hay nada nuevo, sólo un enlace a una página que acaba de enviarme Aïna. Doy clic en él sin pensarlo y descubro un artículo que relata la última aventura entre Nils y Rita. Hay una foto como evidencia. Mi teléfono aterriza violentamente en el asiento trasero, piso fuerte el acelerador y enciendo la radio para descargar mi enojo con el último éxito de Rihanna.

No debo olvidar mi misión. En estos momentos nada es más importante. Ni siquiera ÉL.

Si esta tarde salí de mi oficina temprano, es porque mi madre no se ha levantado de la cama desde hace dos días. Ya han pasado dos años en los que tiene altibajos, pero últimamente, la melancolía y la perversidad parecen estar ganando cada vez mayor terreno. Las sonrisas que muestra mi madre esconden seguido pensamientos negativos y me doy cuenta de la gravedad de su situación cuando ni siquiera es capaz de fingir que está bien. Le pregunté a su siquiatra si podía pasar a verla hoy en la mañana. El doctor decidió aumentar su tratamiento pero aún así no logró hacer que dijera más de dos palabras.

Florence Laine-Cox es una de las mujeres más hermosas que conozco, pero ella no logra concebirlo. Es una mujer morena, alta, de 47 años pero que se ve 10 años más joven, y que nunca ha perdido su silueta de modelo. Su cabello sedoso y ondulado cae por en medio de su espalda y sus anteojos redondos de finas patillas le dan un toque intelectual y travieso que le gusta mucho a los hombres. Mi madre también tiene esa sensibilidad, ese don en el alma que hace de ella un ser excepcional. Sin embargo, es un ser que fue lastimado y casi destrozado. La violencia de un hombre, Pascal, mi ex padrastro, le dejó grandes secuelas: un malestar y un miedo profundo que la persiguen desde hace casi diez años.

Y yo vi todo eso, incapaz de hacer algo...

Yo tenía 16 años cuando ese famoso Pascal envió a mi madre a urgencias. Hasta ese momento al fin logré convencerla de demandarlo y dejarlo. Después de una depresión de varios años, Florence no logró salir adelante hasta que Darren, mi padre y su único amor, aceptó casarse con ella. Nos fuimos de Francia para ir a vivir a los Estados Unidos, nos instalamos en la villa Cox y fingimos formar una familia normal. Eso fue hace cuatro años y la boda sólo era un acuerdo por conveniencia, pero eso hacía feliz a mi madre.

Ahora no estoy tan segura de ello.

Borro de mi mente los recuerdos que me agobian (la bestia salvaje de Pascal, los hematomas en el rostro de mi madre, las cortadas en sus brazos, la sangre en las paredes...) y entro en su habitación luego de haber llamado suavemente a la puerta. Mi madre, que se ve tan delicada y tan blanca entre las sábanas color marfil de esa enorme cama, tiene los ojos cerrados y los puños tensos. Sólo es el fantasma de su propio ser. Verla así me hace sentir mal. Y me hace enojar. La beso en la frente y luego voy a abrir brutalmente las cortinas y las ventanas. Ella protesta porque la luz la deslumbra. Dejo que el aire entre a esta gran habitación y voy a sentarme a su lado.

– Tienes que levantarte de esta cama, mamá. Y tienes que comer.

Mi voz fue suave y determinante, pero Florence no la escucha del mismo modo:

– ¿Para qué? – suspira mientras pone sus manos gráciles sobre sus ojos–.

– Para que estés mejor...– contesto suavemente–.

– ¿Cómo podría estar mejor? – pregunta sollozando de pronto–. ¡Sólo se casó conmigo para obtener lo que quería! ¡A ti! ¡A una heredera que le permitiría volver a tomar las riendas de su maldito grupo!

– Darren no tiene corazón. Eso no es nuevo – contesto molesta, apretando la mandíbula–.

Los sollozos de mi pobre madre se transforman en hipoes incontrolables.

– Es culpa... suya... por eso... estoy muriendo lentamente...

– ¡Resiste, mamá! – le imploro–. ¡Vive por otra cosa que no sea él! ¡Vive por ti! ¡Por mí!

– Sólo hago eso, hermosa. Si no estuvieras aquí, yo ya me habría ido...– murmura sollozando–.

– ¡No digas eso!

– La ama a ella... a Lana... Yo no soy nada...

Escuché suficiente. Levanto bruscamente la sábana que la cubre y la fuerzo a levantarse. Al inicio, sus piernas largas tiemblan un poco debajo de su bata de dormir de marca y luego me sigue hasta la terraza de su habitación que tiene vista al mar.

– ¡Respira y mira esto! – declaro intentando hacerla entrar en razón–. Mira la belleza, la inmensidad de todo lo que te rodea. Mira todo lo que tienes a la mano. ¡Todo el dinero, toda la libertad que tienes para lograr todos tus sueños!

– Sólo sueño con una cosa, Valentine– me confiesa tristemente–. Ser amada por el hombre que amo...

– ¡Entonces lucha por él, Dios mío! ¡Dale un ultimátum! ¡Lana o tú! Ama demasiado su imperio como para dejarte ir...

– ¿Luchar por él? Ya no tengo fuerzas. Además, no quiero a un hombre que me será fiel por obligación. Quiero... quiero que esté enamorado. Como yo lo estoy...

– ¿Pero qué es lo que ves en él, carajo? – balbuceo mientras miro al horizonte–.

– El amor no tiene explicación, Valentine. Y nadie se salva de él. Algún día te darás cuenta de esto...

Así estoy bien, gracias.

Una hora después, dejo a mi madre. Finalmente aceptó comer un emparedado, tomar un baño e ir a sentarse a nuestra playa privada en vez de quedarse en la penumbra de su suite en el primer piso. Le doy un beso y luego atravieso la inmensa villa para llegar hasta mi viejo Mercury Comet convertible (que recientemente di a mi padre a cambio de mi suburban...). Mientras camino rápidamente por la sala, tan pretenciosa e impersonal como mi padre, me siento tentada a tirar *malintencionadamente* su Nixie Machine, este horrible reloj de pared que ama como a la niña de sus ojos.

¿Qué caso tiene? Sólo tendría que chascar los dedos para tener otro en menos de una hora...

De día y de noche, mientras atravieso cada pieza de la planta baja, me siento de nuevo impresionada por la diferencia de ambientes que reinan en esta casa. 90 % de la villa fue decorada por un diseñador que contrató Darren. El resultado es depurado, moderno, frío y sin alma. El piso donde está mi madre es cálido, vivo, e incluso un poco caótico. Todas sus cosas están por todos lados. Hay muñecas viejas, figurillas anticuadas, cuadros coloridos y montones de fotos (en la mayoría salgo yo). De pronto, es imposible ignorar que mis padres viven en dos espacios completamente separados. Cada uno tiene su territorio y el de mi madre está limitado. Darren nunca quiso compartir con ella más que su nombre y una parte de su cuenta bancaria.

Ah... y a mí.

Mi radiante motor nuevo ruge bajo el cofre color rojo intenso cuando atravieso las rejas del parque de la villa Cox. Tengo una cosa que decirle a mi padre. Quizá más de una.

Hay más tráfico en este sentido y llego a la torre Cox después de una eternidad, reteniéndome de soltar golpes de boxeo a la primera persona que me dirija la palabra. El ascensor en el que me subo está excepcionalmente vacío y puedo desahogarme mientras suena la voz automática del ascensor, hasta que se abren las puertas del último piso. La secretaria de mi padre intenta detenerme. Yo le digo mil amabilidades (a veces las groserías son afectuosas) y entro a la oficina en el cielo.

Pensé que encontraría a mi padre acompañado de Lana, pero no en esta posición.

– ¡Valentine! ¡Sal de aquí! – grita Darren que tiene las manos sobre los senos desnudos de su amante–.

Logro voltearme, mientras ellos se visten, pero no salgo de la oficina. No les daría un regalo así por nada del mundo.

– ¿Me escuchaste? – gruñe el gran empresario, mientras escucho cómo sube la bragueta de su pantalón–.

– En cinco segundos voy a voltear...– lo amenazo–.

– ¡No! ¡Un minuto! – dice Lana entrando en pánico–. ¡Malditos botones!

– Estaría mejor si no los desabotonaras...– grito impacientándome–.

Termino ignorando sus ladridos y voy a sentarme en el sillón que acaba de presenciar su encuentro lúbrico... y repugnante.

– ¿Sabían que a esto se le llama adulterio? ¿Y que podría costarles caro? – digo a los dos amantes–.

– ¿Viniste hasta aquí para darnos una lección de vida? – ironiza mi padre–. Muchas gracias pero en verdad no era necesario...

– ¿Podrías decirle que se vaya? – pregunto–.

– ¡No, ella se queda! – interrumpe mi padre, cuando la rubia se dispone a huir–.

Mientras mato con la mirada al hombre que me concibió, su amante de lujo se queda en una esquina y se hace pequeña.

– Si estoy aquí es porque *tu esposa* está muriendo en la profundidad de su cama – digo lo más fríamente posible–.

– Se sentirá mejor dentro de algunos días... – suspira mientras hace el nudo de su corbata–.

– Sabes que no es verdad.

– Es muy débil.

– Vivió un infierno.

– Hay personas que han vivido cosas peores.

– ¡Tienes que serle fiel y apoyarla! –grito, fuera de control, a punto de saltar sobre su escritorio para sacarle las vísceras–.

– Sólo fue una boda, Valentine. No seas tan ingenua como tu madre...– dice con gran desprecio–.

Me levanto, incapaz de quedarme inmóvil. Todos mis músculos están tensos, listos para cometer una masacre. Con la voz más tranquila que puedo, le recuerdo a mi estúpido padre los términos de nuestro acuerdo:

– Acepté regresar al grupo con dos condiciones: que te casaras con mi madre pero también que cuidaras de ella.

– No le falta nada económicamente, ¿o sí? –contesta con una sonrisa arrogante–.

– Ya no sé si eres peor como esposo o como padre...

– ¿Crees que eso me interesa? –pregunta, perdiendo la paciencia–.

– Darren, yo pude vivir veinte años sin ti, sin tu dinero y sin tu arrogancia. No me obligues a revivir aquellos buenos viejos tiempos...

– Tu madre moriría si yo la dejara – resume fríamente mientras levanta los hombros–.

Con esta frase acabo de recibir un buen golpe justo en la cabeza. Al menos eso es lo que sentí.

– Ya sé que esa es tu especialidad... – murmuro–.

– ¿Cuál especialidad?

– Que todas las personas que te rodean terminen muriendo.

– ...

Louisa y David, su ex esposa y su hijo, murieron en un accidente de auto hace ya cinco años.

Y de pronto, mientras salgo de esta oficina, siento náuseas. Porque lo que acabo de hacer fue repugnante. Lo mínimo que debería hacer, es dejar a los muertos descansar en paz.

– ¡S.O.S., Aïna, te necesito! – grito al teléfono mientras azoto la puerta de mi Comet–.

Acabo de refugiarme en mi bólido auto sin saber a dónde ir. Sin pensarlo, llamo a mi mejor amiga, con la esperanza de que tenga algunas horas para mí. Por suerte, ella está en un estado parecido al mío.

– ¡La hija de la prima de mi mamá, con quien me estoy quedando, me vuelve loca! – grita mi amiga, quejándose–. ¡Mañana se larga en un crucero pero, por lo pronto, no puedo pasar ni un minuto más con ella! ¡Colecciona ranas de terracota, Valentine! ¡Y habla con ellas!

– Entonces regresemos con los Barons – exclamo riendo a carcajadas–.

– Seee, dos que tres golpes con un machete nos harían entrar en razón...

Pocos minutos más tarde, tenemos ganas de bromas y de las ideas locas.

– ¿Quieres que vayamos a desahogarnos? –me propone Aïna–. Tengo dos entradas para un nuevo gimnasio...

– Podría hacerse tarde en lo que paso a mi casa para cambiarme y regreso.

– No es necesario. ¡Yo te llevo un cambio de ropa! ¡Nos vemos en veinte minutos en Fountain Avenue!

– ¡OK! ¡Sólo evita traer un leotardo color rosa bombón!

Cuelga el teléfono antes de escuchar mi petición. Conociendo su sentido del humor y su concepción de la moda, temo lo peor. Aun así, decido ir a la cita. Aunque Aïna es experta en hacer « planes que fracasan », necesito desahogarme de alguna forma. Necesito dejarme llevar y no tener que decidir los planes para esta noche. Necesito andar con los ojos cerrados (alguien toca el claxon detrás de mí y los vuelvo a abrir) y olvidar, tan sólo por una noche, todos los dramas de la familia Cox.

Ya cierto vikingo de manos suaves y cálidas...

Hablando de calidez, la temperatura se acerca a los veinte grados en estos primeros días de febrero, pero mi mejor amiga llega vestida con una chaqueta gruesa y botines de invierno.

– ¿Qué me ves? –me dice mientras va hacia la recepción–. La chaqueta es para ir calentando antes de la sesión. ¡Ya estoy sudando!

– Genial... –contesto con asco–. Nos saludaremos de beso en otra ocasión.

– Las regaderas están disponibles a cualquier hora. Incluso se puede tomar una ducha *antes* de la sesión, si es necesario...– precisa la rubia que nos señala dónde están los vestidores–.

Aïna le responde con una grosería en malgache y luego trota hasta el único casillero verde que aún está libre, a pesar de que la mayoría de los casilleros azules están disponibles.

– ¿Tienes algo en contra del color azul? –pregunto riendo, al verla forzar su enorme chaqueta dentro del pequeño casillero–.

– ¡No, este casillero está hecho para nosotras! ¡Combina con nuestra ropa!

– ¿Verde fluorescente? ¿De verdad? ¡¿Aïna... verde fluorescente?!

Era cierto. Verde fluorescente. Las medias ajustadas y la camiseta que me da sonfeas y brillantes. Mientras se pone sus prendas como si todo estuviera bien y normal, mi mejor amiga me explica que aprovechó una promoción de « 2 por el precio de 1 ». Y hay algo peor: Aïna parece sentir que es la mujer más elegante, siendo que se está poniendo esta ropa infame.

– Disculpe – pregunto de pronto a una señora cuarentona que pasa por ahí –. ¿Sabe si aquí venden camisetas?

– No tengo idea– me responde–.

– Mmm... -le murmuro-. ¿Cuánto por la suya?

– ¿Perdón?

– Por su camiseta... ¿Cincuenta dólares?

La señora morena de grandes bíceps me ignora y se apresura a salir de los vestidores, mientras presiona fuertemente con una mano su camiseta contra su pecho y voltea varias veces para asegurarse de que no la sigo. Suspirando, me pongo mi atuendo transgénico y luego sigo a Aïna sin mirarme ni una sola vez en el espejo. Tengo mucho miedo de que la imagen se quede grabada.

Aïna parece un híbrido de saltamontes y un smoothie de kiwi con manzana. Por lo tanto, yo debo verme igual.

Mientras salgo de los vestidores, veo el salón de deportes que tiene dos niveles: la planta baja es para los deportes de combate y el piso de arriba para las pesas y el fitness. El salón tiene una vista estupenda a la ciudad. A pesar de que hay algunas sonrisas burlonas en el rostro de las personas cuando pasamos, el lugar es agradable. Es un espacio moderno, limpio, funcional y sin muchas personas. Aïna mira sin vergüenza a cada varón musculoso y sudoroso que encuentra en su camino. Yo los veo sin mirarlos realmente. Ninguno de estos cuerpos se compara con el del guerrero rubio de ojos gris acero (que sigo intentando olvidar... pero evidentemente no me esfuerzo mucho).

Comenzamos la sesión haciendo remos. Después de cuarenta segundos de esfuerzo, mi cómplice ya se está quejando y decide pasar a la elíptica. Siete minutos después está yendo hacia un banco para hacer pesas. Pronto entiendo por qué: el lugar está bien equipado. Mientras nos acercamos, un hombre negro con grandes músculos nos sonríe. Musclor ve en mi cara que no estoy interesada en él y va al acecho de la mujer más accesible, la Miss Smoothie de Pepino.

El tipo se esfuerza mucho por ser simpático pero las frases que intercambian estos dos dan lástima. Raras veces había yo escuchado tantas banalidades. Son las peores técnicas para conquistar a alguien. Sin embargo, funcionan. Al parecer hay tanta química entre ellos que pronto me siento de más entre estos dos tórtolos empapados de sudor. Susurro al oído de Aïna que no le interesaría mucho *sudar* por este hombre. Ella ríe como un hombre de paja sin dejar de comerse con la mirada su postre del día. Yo desaparezco de ahí, voy a tomar un poco de agua y luego decido ir a dar una vuelta al piso de abajo. Al bajar las escaleras, jalo esta maldita tela biónica que se me mete entre las nalgas.

Por donde lo vea, me gusta el deporte, excepto cuando éste consiste en volver al estado salvaje para destruir a su adversario. No tengo suerte. En la planta baja sólo hay hombres (y muy pocas chicas) que se empujan o se dan de golpes mientras piensan que son seres superiores.

Pienso en escapar pero hay algo que me detiene en este lugar. Al fondo del salón, veo un ring donde se enfrentan dos boxeadores. Uno de ellos se ve inmenso a pesar de la agilidad con la que se desplaza. Su espalda es muy imponente, sus hombros grandes y musculosos. Tiene tatuajes en los hombros. Tatuajes negros que se ondulan como si tuvieran vida propia sobre su piel de porcelana. La nuca que estoy mirando está llena de perlas de sudor que barre una cabellera color rubio claro. Siento una revolución en mi vientre, mi corazón se detiene y se me seca la garganta.

Hace varios meses que estas imágenes me persiguen...

Nils.

La escena dura probablemente largos minutos, pero yo siento que pasa en menos de un segundo. El vikingo se desplaza rápido pero con tranquilidad. Cada golpe que da es preciso y llega justo al blanco. Su adversario, un alto y fornido moreno de venas y músculos marcados, parece estar golpeando una pared cada vez que lo toca. A pesar de que no me gusta este deporte, miro, fascinada, esta danza violenta, hasta que el moreno cae al piso, completamente aturdido.

Nils no festeja su victoria. No está alegrándose, más bien se inclina rápidamente hacia su adversario y lo ayuda a ponerse de nuevo de pie. El perdedor se aleja cojeando, sin pedir la revancha. ¿Y yo? Yo estoy cojeando, temblando y también estoy agitada por dentro.

Y yo no me opondría a tener una... « revancha ».

Lo malo es que no me veo nada bien con esta cosa verde pegada al cuerpo; que no sé qué decirle; que mi corazón late demasiado rápido; y que tengo la profunda certeza de no ser nadie para él. En resumen: ¡es la hora de huir! Aïna llega conmigo justo cuando me volteo para irme.

– ¡El imbécil está casado! – se queja mi amiga–. ¿Puedes creerlo? Tuve que... ¡Espera! ¿No es... ¡Es Nils!

– Baja la voz – la regaño–.

– ¿Por qué no vas con él? ¿A hablarle? ¡Te mueres de ganas por hacerlo!

Me veo obligada a tomarla del brazo para mantenerla lejos. Aïna es tan discreta como... su atuendo. Que es igual que el mío.

– ¡Ven, ya nos vamos! – digo sin preguntarle su opinión–.

– Valentine...

– ¡Aïna! –exclamo, molesta, en voz baja–. ¡No es para mí! ¡Sabes que no me gustan las bestias! No voy a ser el saco de box de un hombre, como mi madre lo fue. ¿Entendido?

– Ehhh... Seee.

Sonrío a mi mejor amiga, un poco arrepentida. Ella me toma de la mano y nos vamos a los vestidores. Obviamente, volteo dos o tres veces (¡hasta cuatro!) mientras nos vamos, esperando en secreto cruzar mis ojos con la mirada más clara y también la más perturbadora del mundo. Lástima. Nils desapareció.

Este hombre es demasiado peligroso. Tanto para sus adversarios en el ring, como para mí...

Al fin puedo extraer de mi cuerpo el tubo brillante que aprisionaba mi piel y darme el gusto de tirarlo a la basura.

– ¡¿Estás loca?! –protesta mi mejor amiga–. ¡Era una súper oferta!

Saco mi tarjeta de crédito y se la doy:

– Tú y yo iremos a comprar nueva ropa deportiva. ¡Es algo vital!

– También venden este atuendo en color rosa...

– Aïna, en cualquier momento puedo contratar un asesino...

3. 9 999 999 dólares

Valentine

Me quejo sin poder emitir ni un solo sonido, mientras estoy recostada sobre el asiento trasero de una furgoneta color gris metal. Vamos camino a Las Vegas desde hace más de tres horas y sigo sin poder creer que esto esté pasando.

Es normal que me secuestren una vez, pero dos veces, ¡eso es increíble!

Había salido a correr cuando un hombre alto y delgado, y otro pequeño y gordo, (para resumir) decidieron llevarme a la fuerza en este recorrido improvisado. En la parte delantera, el conductor se delató a sí mismo rápidamente al decir la hora y el destino a su cómplice, antes de percatarse de que acababa de hacerme saber información vital. Y pensar que hace seis meses yo estaba en manos de traficantes salvajes, sanguinarios, terroríficos... Nada que ver con el escenario de ahora. Quizá por eso no siento absolutamente nada de miedo frente a estos dos niños en pañales.

Principiantes.

Es una broma... ¡Esto sólo puede ser una broma!

Mientras les cuento a ustedes lo que pasa, los dos *partners in crime* se pelean por beber el último trago de soda. ¿Es en serio? ¿En verdad estos dos ponen mi vida en peligro? Es imposible. Cuando salga del auto van a quitarme la mordaza y estas cintas que me atan las muñecas, y me voy a dar cuenta de que me están filmando.

Aunque si esto no es una mala broma y si todos los criminales del planeta tienen la misma idea para ganar dinero, mi vida se convertirá pronto en un infierno...

Perdí. No hay cámara. Ni comité de bienvenida. Ya pasó toda una hora en la que he estado esposada a un gran tubo, en la cava oscura de una casa deshabitada. Este secuestro es real y mis dos secuestradores, con mentes de contadores aún vírgenes, enviaron un mensaje a Darren para pedirle la suma de nueve millones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve dólares. Aún no han recibido respuesta. Están dando vueltas frente a mí, mientras discuten:

– Si no contesta dentro de una hora, entonces... ¡aceleramos este asunto! – balbucea el gordo de piernas cortas–.

– Claro. ¡Y que nos tomen por novatos! –dice con una voz muy aguda el hombre alto y delgado–. Espera... ¿Qué significa acelerar el asunto?

– ¡Significa volver a llamarle!

Cada vez que me muevo un milímetro, las esposas que me atan rechinan contra el cobre. Y cuando esto pasa, los dos tontos se sobresaltan y dirigen su mirada asustada hacia mí.

– A mi padre no le importo ni un comino...–digo suspirando–. No estén esperando un milagro.

– ¡Cállate y mira la pared! –contesta el de la voz de hombre castrado–.

Después agrega un tímido « por favor » que le hace perder toda su credibilidad.

– ¡Te dije que no teníamos que quitarle la mordaza ni la banda de la cabeza! –grita el pequeño gordo–.

– Si la tuviera, no habría podido escucharlos...– gruño al darme cuenta de qué tan incompetentes son.–

– ¿Voy a comprar tapones para los oídos? –propone el flacucho.–

– ¡No! ¡No me dejes solo con *ella!* –contesta con miedo su compañero.–

Este es el mundo al revés. Yo le doy miedo a mis secuestradores. Estos dos tipos pueden ser todo excepto violentos e imponentes. Nunca había visto a hombres tan nerviosos y torpes. Uno de ellos tiembla tanto que todo lo que toca se le cae. El otro se come las uñas ansiosamente mientras vigila la pantalla de su teléfono. A pesar de esto, debo confesar que la pistola que está en la mesa, al fondo de la cava, me da un poco de miedo.

– Bueno, todo estará bien mientras cooperes...– me dice, sonriendo tímidamente, el de la voz de Mickey Mouse.–

Como si yo tuviera otra opción...

Ignoro qué hora es cuando abro los ojos pero me duele todo el cuerpo. Me quedé dormida sentada, con la cabeza recargada en el tubo que hace ruidos extraños. La pieza está en la penumbra y no veo nada ni a nadie a mi alrededor. Me pongo a golpetear como loca el tubo de cobre y grito salvajemente para que alguien se interese en mí. Después de algunos minutos, Mickey y Goofy vienen, encienden la luz y se frotan los ojos. Tienen cara de no haber dormido bien.

– ¿Los molesto? – exclamo, molesta.–

– Pues... Estábamos durmiendo...

– ¡Pónganme en otro lugar! ¡No puedo quedarme en estas condiciones! –digo rebelándome.– Me duele la espalda, las piernas, las muñecas. Me estoy congelando...

– Lo siento ¡No hay habitaciones cinco estrellas en esta pobre casa! –bromea uno de los bribones.–

– Un colchón...– reclamo con un tono amenazador.– Y un cobertor.

– ¿Y si no qué?

– Si no, los joderé toda la noche. No podrán si quiera cerrar los ojos, créanme.

– En verdad debí haber comprado los tapones para oídos– murmura Mickey.–

Después de algunos murmullos, se ponen de acuerdo. Uno de ellos me vigila con la pistola en la mano mientras el otro me quita las esposas y me lleva hasta un pequeño cuarto en el mismo sótano. Me recuesto con satisfacción en esta cama vieja para niños que tiene resortes que rechinan (seguramente data de los años 1950, al igual que el cobertor que tiene encima) y me niego a que me vuelvan a atar.

– ¡Te dije que cooperaras! –me amenaza el que tiene la pistola.–

– Hazlo. Así estaremos mejor todos– agrega Mickey con su voz de matraca.–

– Confórmense con cerrar la puerta con llave.

Creo que no corro mucho riesgo si me hago la víctima rebelde... Me necesitan viva, ¿no? ¿Eh? ¿Alguien?

Los dos cómplices se quedan frente a frente mucho tiempo, con la mirada vacía y dudosa. En algún momento pienso que estoy loca por jugar con las emociones de un hombre armado (y un coeficiente intelectual de una patata), pero no me rindo. Los miro, falsamente impasible, y ellos terminan rindiéndose. Regresan al piso de arriba, arrastrando los pies, después de cerrar con llave la puerta por fuera.

Es imposible que me duerma. Mi ropa deportiva huele mal, mi estómago está rugiendo y mi vejiga despierta súbitamente y está a punto de hacer una implosión. Me levanto, doy golpes fuertes en la puerta para llamar a mis dos nuevos compañeros de piso. Empiezo a gritar fuerte y con enojo.

Evidentemente, no están de buen humor cuando llegan. El pequeño gordo, apunta firmemente la pistola hacia mí, mientras me mira malignamente.

– Lo lamento... ¡Tengo una gran urgencia! –explico en resumen, mientras doy pequeños saltos–.

Mickey se aleja algunos segundos y luego regresa con una cubeta vieja y oxidada. Me la da mientras sonrío:

– Esto arreglará las cosas.

– ¿Perdón? –digo sorprendida–. ¿Sí saben quién soy?

– Ehhh... ¿Valentine Laine-Cox?

– ¡Soy la hija que está a punto de darles muchos millones! ¡Lo mínimo que deberían hacer por mí es darme una pequeña pausa para hacer pipí dignamente!

Después de decir esto, camino sin pensar. Me abro paso entre ellos y voy en dirección a las escaleras, sin apresurarme.

– ¿Me van a guiar o tengo que recorrer toda la casa para encontrar dónde está el baño?

Una vez más, los dos novatos terminan cediendo, haciendo como si ellos mismos hubieran tomado esta decisión. La puerta del baño está cerca de las escaleras y es así como logro tener derecho a un minuto de tranquilidad en un retrete que debe tener el doble de mi edad (¡no lo tocaré por nada!). De regreso a mi sótano, intento empujar al pequeño para decirle lo que voy a querer para desayunar:

– Un café bien cargado y...

– Son las tres de la mañana. Duerme o mi pistola podría dispararse sola...– gruñe Goofy mientras azota la puerta–.

Está bien. ¿Entonces a qué hora negociamos la ducha?

El sol apenas se filtra a través de la ventana minúscula de barrotes, cuando Mickey viene a darme tres malas noticias. Uno: el café no es más que agua negra (con olor a calcetín sucio); dos: las papas fritas sabor barbecue me provocan náuseas; Y tres: el hombre que parece ratoncito me dice que mi querido padre no quiere cooperar, al igual que yo. Al parecer, se niega a pagar un solo centavo a cambio de que yo esté sana y salva.

Siento feo, incluso si esta situación ya no es sorprendente para mí...

¿Y el futuro del grupo? ¿Acaso ya no es su prioridad?

Estoy a punto de empujar a mi frágil secuestrador para intentar huir justo cuando su cómplice y su pistola hacen acto de presencia.

– Ahora sí vas a tener que obedecer o si no vas a sufrir– me previene Goofy–. Ya no estamos jugando.

– ¿Qué es lo que tengo que hacer?

– Tienes que fingir estar aterrorizada. Como si estuvieras muriendo de hambre. Como si estuvieras en un estado deplorable. Te vamos a tomar una foto para intentar impresionar a tu padre.

– ¿Y si no funciona?

– No quieres saber lo que pasaría... –contesta mientras Mickey me hace señas para darme a entender que todo saldrá bien–.

Mientras despeino mi cabello, me fuerzo en llorar para lograr que mis ojos se pongan rojos y se inflamen. Luego desgarro el cuello de mi playera, mientras escucho que murmuran del otro lado de la puerta:

– Ella tiene razón... ¿Y si no funciona? –pregunta preocupado el más sensible de los dos–.

– No tendremos otra alternativa. Tendremos que olvidarnos de todo esto y dejarla aquí, asegurándonos

de que nunca pueda salir

¿Qu... Qué?

– ¿Aquí? ¿Sola? ¿Sin nada?

– ...

– ¡Va a morir de sed! ¡Y de hambre!

Ehh... ¡Objeción!

– ¡La secuestramos, idiota! ¡¿Qué esperabas?! ¿Acaso quieres terminar en la cárcel?!

– ¡Van a pagar por ella! – dice Mickey convencido–. Cox va a pagar, vamos a liberarla. ¡Podremos desaparecer y hacer una nueva vida del otro lado del planeta!

– Seee, reza para que eso pase... Y procura que tenga miedo en vez de consentirla, ¡por Dios! Esta foto es nuestra última oportunidad.

Su conversación me puso la piel de gallina. Por primera vez, no opongo resistencia para hacer lo que me piden. Finjo estar en un terrible estado e intento provocar lástima y empatía mientras miro a la cámara, no sólo para mi padre, también para los dos bandidos. Mientras Mickey se apresura en enviar la foto a mi padre, Goofy acepta concederme cinco minutos para ir al baño sin ventana. Tomo una ducha (un minuto glacial, pero eficaz) utilizando un viejo pedazo de jabón que estaba ahí abandonado y que, sorprendentemente, huele bien. Luego, logro domar mi cabello mojado peinándolo hacia atrás (¡esta es la gran ventaja de tener un corte de cabello de hombre!). Satisfecha de sentirme más fresca, vuelvo a ponerme mi ropa sucia, pues es lo único que tengo.

– ¡Ya pasaron los cinco minutos, muévete! –decreta mi secuestrador–. ¡Camina hacia la cava!

Regreso a mi pequeña cama que rechina entre la penumbra y los rugidos de mi estómago. Hago mentalmente una lista de las personas que podrían preocuparse por mí:

¿Florence, mi madre? Quizá esté demasiado deprimida como para levantarse de la cama y darse cuenta de lo que está pasando.

¿Aïna? Ni pensarlo. Seguramente está volando en las nubes porque conoció a un nuevo hombre súper musculoso... o está cegada pensando en su futuro reportaje sobre los lemúridos.

¿Milo? Negativo. Después de tantas veces que me tardo tres días en contestarle, ya se acostumbró a no preocuparse por mis silencios.

¿Faith? ¡Sí! ¡Seguramente ella va a preguntarse por qué no estoy en el trabajo a esta hora! Ay, no... Hoy es sábado...

Ya pasaron varias horas. No hay señal de Darren ni de sus millones de dólares.

– ¿Por qué 9 999 999 dólares? ¿Por qué no una cifra redonda? –pregunto a Mickey mientras deja un emparedado poco apetitoso frente a mis ojos–.

– Come– responde Goofy–.

– Porque así da menos miedo...–me susurra el ratoncito–. Ya sabes, es como cuando compras ropa. Comprarás más fácil algo a 29 .9 9 que a 30 dólares.

– ¿Y piensan compartirlo en partes iguales? –pregunto casi sonriendo frente a su ingenuidad–. ¿O alguno de ustedes tendrá medio *cent* menos?

Si juzgo por la manera en que se miran, creo que ninguno de los genios había pensado en esto.

Yo conozco un amable Mickey que será devorado por un malvado Goofy que se transformará en Rico McPato...

– Confórmate con comer y deja de meterte en lo que no te incumbe– concluye el que tiene la pistola,

haciendo una seña a su cómplice para decirle que salga de la pieza—.

– ¿Mickey? –digo de pronto—. Gracias por mi desayuno.

– ¿Por qué me llamas Mickey?– pregunta sonriendo, mientras el otro levanta la mirada al cielo—.

– No lo sé. Se me salió– murmuro—. Quizá porque me caes bien...

A Goofy no le gusta que lo hagan a un lado y toma a su colega de la manga de la camisa para hacer que desaparezca.

– ¿No te das cuenta de que te está manipulando? –lo regaña—. ¡Fuera de aquí!

La puerta se azota y de nuevo el silencio me rodea. Apenas doy una pequeña mordida para probar el pan. Está un poco viejo, al igual que este lugar. Estoy a punto de perder la cabeza. A pesar de que en un inicio me comporté con valentía, ahora empiezo a entrar en pánico. Dentro de poco tiempo habrán pasado veinticuatro horas de mi secuestro. Veinticuatro horas y nadie ha venido a salvarme.

De pronto me doy cuenta de que en verdad corro el riesgo de quedarme encerrada aquí hasta que la muerte me sorprenda, mientras estas dos marionetas vuelven a su vida mediocre. Ya no soporto más la penumbra de la cava, estos resortes que me pican la espalda. Me duele el cráneo. Quiero ver el sol y volver a ver a las personas que amo. Y estoy a nada de volverme claustrofóbica.

Un poco después, llamo a mis secuestradores por enésima vez mientras golpeo con el pie la puerta pero nadie viene. No sé si abortaron la misión (quizá después de otra respuesta negativa del imbécil de Darren), o si siguen aquí pero quieren darme una buena lección dejándome pudrirme entre estas cuatro paredes húmedas. Finalmente, no había desconfiado lo suficiente de ellos. No soy invencible. Ni sobrehumana. Quizá estoy a punto de morir en esta cava, con la ropa interior sucia y con un viejo emparedado rancio como única compañía.

Mi epitafio dirá: « Aquí yace Valentine Laine, devorada por las ratas del estado de Nevada. »

Y Aina hará un documental al respecto.

Empiezo a imaginar muchas situaciones terribles. Intento pensar en cosas positivas para olvidar mi depresión. Recuerdo la última vez que hice el amor. Fue con Milo. Agradable pero no trascendente. No fue como con Nils. Desde que la bestia de ojos de humo me demostró toda la dulzura y el ardor que tiene para dar, nada más me parece trascendente.

Si tan solo llegara Nils, ahora, en este instante, y me quitara de encima a esas dos gallinas. Nils pondría orden en este asunto en menos de dos segundos y podría concentrarse en mí... En esta piel que no ha tocado desde hace seis meses. Mi piel reclama que él la toque, a pesar de toda la voluntad que yo tengo para negar la evidencia.

Estiro las piernas y tiro el emparedado al piso. Al menos las ratas podrán empezar comiendo esto.

El sol ya casi se ocultó cuando me despierto porque escucho ruidos de pelea, en el primer piso. Los ruidos que se escuchan son tan violentos que parece como si el techo bajo de la cava se fuera a caer sobre mi cabeza. Alguien cae, se queja y grita. Se escucha que mueven los muebles y hay cosas que se rompen al caer al piso. Esto me hace deducir que no estoy sola y que mis secuestradores aún están aquí. Y, sobre todo, me doy cuenta de que están matándose entre ellos. El pobre Mickey no tiene ninguna oportunidad de ganarle al gordo Goofy. Tengo que estar lista para pasar mis últimos días aquí.

La agitación dura varios minutos. Sentada al borde de mi cama de lujo, con las piernas dobladas en posición fetal, tapo mi cabeza con el cobertor que huele a polvo y espero a que esto termine, recargando la frente en la pared fría. Ya no quiero escuchar nada más. Quiero dejar de imaginar lo peor. Los ruidos se callan allá arriba. Escucho los pasos de alguien que baja lentamente las escaleras. Presiono más fuerte

el cobertor contra mis orejas. Mi puerta se abre. Después de largos segundos, me fuerzo a dirigir la mirada hacia mi torturador.

En la casi penumbra, una inmensa silueta ocupa todo el espacio.

Es una silueta que conozco y que hace que mi corazón se llene de estupor...

4. Otra vez él

Valentine

– ¿Todo bien, princesa?

Ya he escuchado antes estas palabras. Ya he vibrado al sonido de esta voz ronca y muy grave. Es Nils. Mi estupor se transforma instantáneamente en alivio. Todos mis miedos desaparecen, como si ahora sólo su presencia importara. En vez del miedo, una especie de deseo incontrolable y completamente inoportuno empieza a invadir mi cuerpo.

– ¿Todo bien, princesa? – repite un poco más fuerte–.

Esta vez puedo percibir un poco de ironía y una sonrisa en su frase de encanto.

– No veo dónde está lo divertido– digo mientras aviento mi cobertor viejo al piso, y mis palabras suena un poco más agresivas de lo que quería–.

Lo que en verdad debería decirle es: « Gracias por estar aquí ». Gracias por sacarme de este hoyo. Incluso podría llegar a decirle « gracias por existir », pero me estoy dejando llevar por la emoción...

– Dos secuestros, dos rescates. Es casi como ver la misma comedia dos veces– replica Nils–.

– Esta vez no necesitaba su ayuda. Pude haberme librado de esto sola. Solo estaba esperando el momento adecuado.

No estoy tan lejos de la verdad. Bueno, casi. No realmente pero, bueno... Ese no es el punto.

– ¿Podemos tutearnos, no? – propone, ignorando completamente mi comentario–.

– No.

– ¿Por qué?

– No nos conocemos lo suficiente.

– No estoy de acuerdo... – dice sonriendo insolentemente–.

– Usted nunca está de acuerdo. Desde el inicio. Y lo reitero: puede haberme librado de ésta sin usted.

– Puedo irme y cerrar la puerta detrás de mí, si eso *te* pone feliz.

A pesar de que me está provocando, parece estar hablando completamente en serio. El gigante se queda quieto un momento bajo el marco de la puerta abierta, esperando mi respuesta. La ventanita con barrotes no deja entrar suficiente luz para que yo pueda ver mucho. La débil luz que hay detrás de él me permite distinguir el largo de sus hombros, la inmensidad de su cuerpo, la solidez de su brazo apoyado sobre el marco, por encima de su cabeza. Pero la contra luz no me deja ver la expresión de su rostro. Es mejor así. De este modo no tengo que sufrir su indiferencia con toques de desprecio, después de esta misión demasiado fácil para él, al rescate de una hija de papi que tiene una horrible tendencia a meterse en asuntos peligrosos.

A pesar de todo, vino. Otra vez él, Nils.

Quería volver a verlo. Para ser honesta conmigo misma, desde hace más de seis meses estoy esperando esto. Tan sólo hace unos minutos estaba rezando porque Nils viniera a rescatarme. Aunque no quería volver a verlo así. No en estas circunstancias. No por el motivo que vino. Está aquí con un cheque bajo el brazo.

– ¿Cuánto te pagó mi padre esta vez? – pregunto sin levantarme de la cama–.

– Entonces sí vamos a tutearnos– se da cuenta, al parecer satisfecho por su pequeño triunfo–.

– ¿Cuánto? – repito–.

– Ese es asunto de él y mío.

– Ah, sí. Olvidaba que para él y para ti yo sólo soy una mercancía, un paquete que tiene que entregarse en buen estado y en el lugar indicado.

– ¿En algún momento sueles ser agradecida? –suspira Nils, aparentemente cansado–.

– ¿No esperabas que te saludara saltando a tus brazos, verdad?

Nils no contesta mi pregunta. ¿Acaso está dudando? No, Nils Eriksen sólo está aquí para cumplir su misión. Lo único que lo motiva es el dinero y la satisfacción de haber hecho un buen trabajo. No es de los que esperan que la señorita en peligro, a la que acaban de salvar en un abrir y cerrar de ojos, corra a sus brazos de guerrero mientras suspira, a punto de desvanecerse.

– Bueno, ¿te quedas o vienes conmigo?

Con un movimiento suave, el otro brazo se levanta y se junta con el que estaba en el marco superior de la puerta. Parece como si estuviera suspendido, sin ningún esfuerzo, a pesar de los cien kilos de su cuerpo viril. En realidad esto no es un movimiento de impaciencia, es sólo su manera de esperar, invadiendo todo el espacio con su simple presencia.

Me doy cuenta de que casi olvido a los dos tipos de allá arriba. Aunque estoy un poco incómoda, ahora me siento liberada y aliviada, como por arte de magia, con la llegada de Nils. Estoy completamente segura ahora. Detesto verlo aquí pero no me gustaría que hubiera nadie más en su lugar. Malditas sean las paradojas de la mente humana. El silencio y la penumbra no son una buena combinación cuando se está frente a un hombre con este encanto, y mientras los recuerdos me tientan a despertar cada parte de mi cuerpo (no sabía que mi entrepierna también tenía memoria).

– ¿Qué hiciste con Mickey y Goofy? –pregunto como respuesta a su pregunta–.

– Los dejé sentados uno junto al otro en un pequeño foro de televisión de Disney para que dejaran de hablar. Me cansa escuchar sus voces.

– No te creo. Iré a ver eso, sólo por curiosidad –digo para justificar que al fin me levanto–.

Nils me sigue y salimos de la cava por una pequeña escalera. Cuando llegamos a la planta baja, al fin la luz ilumina su pantalón beige, su playera blanca apenas un poco sucia, la palidez de su piel y su cabello rubio claro. A pesar de las tinieblas en sus ojos, este tipo es radiante. Quito la mirada de él rápidamente para observar a los dos pobres en un estado que da lástima. El vikingo no estaba mintiendo del todo. En efecto, están atados del brazo uno a otro. Mickey tiene los labios inflamados y sangre en toda la boca, como si acabara de besar (muchas veces) la televisión encendida y destrozada a su lado. Me da pena verlo así. Sinceramente. En cuanto a su compañero, él pasa de un color pálido a otro verdoso y no deja de mirar su hombro dislocado. No sé si tiene un rostro de horror o de dolor, pero parece estar a punto de desmayarse.

– ¿Para quién trabajan? –les pregunta Nils, dominándolos con su enorme cuerpo–.

– ¡No lo sabemos, se lo aseguramos! –balbucea entre dientes el flacucho castrado de labios heridos–. Todo ya estaba listo. Nosotros sólo teníamos que seguir las instrucciones para poder ganar dinero. Tenemos deudas después de tanto apostar en el juego y sólo queríamos volver a limpiar nuestra pizarra. ¡No nos haga daño!

Mickey habla a toda velocidad y protege su cabeza con el brazo que tiene libre, como si temiera que le llovieran golpes de nuevo si responde mal a la pregunta. Una vez más, me duele un poco ver esto. El otro hombre se sobresalta cuando Nils se acerca y revisa sus bolsillos. Da pequeños quejidos cada vez que Nils desplaza, con sus manos de gigante, rápidas y precisas, el cuerpo regordete de este hombre. Nils saca dos billeteras casi idénticas y vacía su contenido, mientras explica:

– Voy a dejarlos tranquilos porque estoy convencido de que no saben nada que me interese. En mi

opinión, ustedes no son más que muy malos peones. Pero la próxima vez, chicos, eviten traer sus identificaciones. Tampoco me interesa conocer el nombre del club deportivo al que nunca entran, en qué cine hacen cola para ver la última película de *Star Wars*, ni en qué casino van a quedar en la ruina en cuanto acaban de recibir su pago.

Nils obtiene toda esta información mientras avienta varias tarjetas de membresías sobre los dos desdichados que cierran los ojos y dicen « ay » cada vez que un minúsculo proyectil los toca.

– Por cierto, no habrá una próxima vez– declara el Nils, frustrado, encogido frente a ellos–. Van a ir a curarse esta horrible herida en la boca, irán a ver a un dentista, volverán a poner esa clavícula en su lugar y no volverán a divertirse secuestrando a alguien más. ¿Entendido? Confórmense con jugar al malo en los juegos de video. Si algún día vuelvo a ver sus caras, me encargaré de que ni siquiera sus madres puedan reconocerlos. ¿Está claro?

Mickey y su cómplice asienten con la cabeza sin decir ni una sola palabra, aterrizados por las amenazas de Nils y esperando que éste termine pronto de hablar. Incluso si Nils está en cuclillas, parece ser diez veces más poderoso, más musculoso, más impresionante que los dos tontos juntos. Desde la esquina de la pieza, siento como si no fueran de la misma especie, como si estuviera observando la conversación casi imposible entre un oso polar y dos bebés erizos.

– ¿Vas a dejarlos aquí, así? –pregunto al gigante que se aleja hacia la salida–.

– ¿Prefieres que los acostemos y les contemos un cuento antes de irnos?

– No, pero son tan torpes que nunca van a lograr liberarse...

Nils levanta los hombros, saca un pequeño cuchillo de su bolsillo y luego se inclina para deslizarlo por el piso hasta los pies de Mickey. ¿Cómo es que un cuerpo de este tamaño puede ser tan ágil, tan ligero y ser tan preciso en sus movimientos?

¿Y por qué tengo la boca abierta?

Me sacudo, tranquila de saber que mis dos agresores no sufrirán la suerte que yo temí tanto: morir de hambre y de frío en esta casa abandonada, sin que nadie venga a buscarlos. No creo que exista otro hombre como Nils Eriksen en este planeta. Y, lo lamento, ya vino a buscarme a mí. Salgo del lugar corriendo para evitar que mi salvador se escape. Visiblemente no tiene ganas de estar más tiempo aquí.

– Me gusta tu atuendo–dice, divertido, mientras me mira de los pies a la cabeza–.

– Si hubiera sabido que me secuestrarían mientras hacía ejercicio, me habría puesto un mini short pegado al cuerpo y un top corto, sólo para tus hermosos ojos– digo irónicamente–.

– No me molesta tanto tu ropa pero gracias de todos modos. Tengo una camiseta de repuesto para ti, si quieres...

Nils introduce todo su torso por la ventana abierta en la parte trasera de lo que parece ser una vieja hummer de la armada, muy deteriorada, de color verde caqui muy oscuro. Luego sale de nuevo mientras me da una camiseta blanca parecida a la que trae puesta, o sea, de talla XXL.

– No, gracias –me niego–.

– ¿Porque es muy grande?

– Porque no voy a ponérmela frente a ti.

– Por si lo olvidaste, te recuerdo que ya te he visto desnuda– dice con una pequeña sonrisa que me incomoda–.

– Por si lo estabas dudando, te confirmo que eso no volverá a pasar hoy– contesto espontáneamente–.

Entonces sí se acuerda de nuestra noche. De mi desnudez. Y al parecer no se siente nada incómodo al hablar de ello. ¿Por qué cuando estoy nerviosa siempre tengo que responder sin pensar?

– Tenemos un gran camino que recorrer hasta Los Angeles– me anuncia lanzándome de todos modos la camiseta, como si me estuviera dando la oportunidad de cambiar de opinión–.

Luego se sube a la hummer y se pone al volante, mientras espera a que yo me siente en el lugar del copiloto. Subo todavía con su camista en la mano y Nils arranca en cuanto cierro la puerta. El desplazamiento del auto es extrañamente fluido a pesar del motor gigantesco que atraviesa el desierto de Nevada. Dejo que me arrullen el ruido constante del motor, la sensación de potencia bajo mis pies, la suave luz del sol que ya casi se oculta y el paisaje uniforme que pasa de un lado a otro en el interminable camino de trazo rectilíneo.

Sin mencionar la presencia tranquilizante a mi derecha, que me da la sensación de que nada más puede pasarme.

Nada, excepto lo que me gustaría...

Es raro que me quede en silencio tanto tiempo. Me siento agradecida (a pesar de lo que él cree) de que Nils respete ese momento de intimidad. La impresión de todo esto me deja muda, agotada y acurrucada en mi burbuja. Quizás estoy más impactada por este secuestro, que ni siquiera se llevo a cabo, de lo que quiero admitir.

– Por cierto, ¿por qué no llamaron a la policía? –pregunto en voz baja después de largos minutos de reflexión interna–.

– Está en mi contrato. Cox no quiere que esto se haga un escándalo– me contesta sin contemplaciones–.

– Ah. Déjame adivinar. Mi padre piensa que sería malo para la imagen del grupo.

– Creo que las palabras exactas fueron: « No necesito ese tipo de publicidad ».

– Claro, ¿por qué otra razón dejaría que los agresores de su hija escapen tan fácilmente? –pregunto, con amargura y la mirada perdida–.

– Quizás es para no dar la misma mala idea a otras personas– propone el vikingo en voz baja–.

– No es necesario que intentes defenderlo. Darren Cox no tiene remedio.

– Si esto te hace sentir mejor, después de haber visto su perfil, podría decir que los dos secuestradores inmaduros ya tuvieron la dosis de miedo de su vida. Creo que no pensarán en volver a hacerlo pronto.

– No necesito sentirme mejor– concluyo mientras me volteo hacia la ventana, intentando encontrar una posición cómoda, con la cabeza apoyada sobre la camiseta de Nils–.

– Quizás no, pero necesitas dormir. Y comer. Y dejar de pensar.

Con un movimiento brusco del volante, pero perfectamente calculado, mi chofer toma la salida y se detiene frente al primer motel que tiene un letrero con luz neón fluorescente. Sólo queda una habitación libre pero tiene dos camas separadas. El gigante me explica que él podría dormir en su hummer pero que es más prudente que cuide de mí esta noche. No le hago caso a las cosquillas que siento en el vientre y asiento con la cabeza sin protestar (sobre todo para no pasar por una princesa). Nils me sigue con su mirada de acero cuando voy a pasos lentos hasta el pequeño establecimiento cerca del motel, que funciona como una pequeña tienda, de *diner*, de tabaquería y farmacia. No lo escucho deslizarse detrás de mí. Casi me sobresalto de no ser porque veo su figura ágil y tranquila dirigirse hacia el snack-bar. Esa espalda. Esas nalgas. Esa piel.

Sacudo la cabeza y me alejo hacia los pasillos estrechos. Elijo una botella de agua, un paquete de galletas de chocolate, una caja con tres pantaletas blancas de algodón (¡Aïna estaría orgullosa de mí!), un cepillo de dientes y un tubo pequeño de pasta. Cuando llego a la caja, también pido pastillas para el dolor de cabeza y una caja de preservativos, sin siquiera pensarlo. Sólo por impulso. De inmediato me doy cuenta de que soy una idiota pero ya es demasiado tarde para cambiar de decisión. Nils me alcanza para pagar (yo no tengo ni un solo centavo). Intento esconder con dificultad los condones mientras recojo mi tesoro. El vikingo ignora elegantemente mi secreto, pues está demasiado ocupado en devorar pedazos

de pollo frito que toma ininterrumpidamente con los dedos de un *bucket* tamaño familiar.

– ¿Quieres? – me propone cuando se sienta en el piso de la habitación del motel, con la cubeta entre sus dos grandes piernas extendidas frente a él–.

– Aquí hay una mesa.

– No es necesario. ¿Quieres o no? Si no, me lo acabo.

– Sólo un poco– respondo mientras me siento con las piernas cruzadas frente a él–.

A pesar de su apetito de ogro, Nils come higiénicamente. No puedo evitar pensar en lo sensual que son sus dedos brillantes de grasa que apenas penetran entre sus labios húmedos cada vez que come un nuevo bocado.

Justo en este momento me gustaría ser un pedazo de su pulgar.

Nils acepta de buena gana terminarse mis galletas (que apenas probé) y lo miro deleitarse sin decir una sola palabra, como si fuera un momento sagrado. Yo tampoco hablo, estoy estúpidamente anonadada por el movimiento de sus manos, de sus labios, de su mandíbula en plena acción. Sólo espero que piense que estoy muy cansada como para iniciar la conversación.

Dejo que termine de cenar y voy a tomar una larga ducha, a lavarme los dientes por al menos seis minutos y a cambiar por fin mis pantaletas. Dudo un buen rato en volver a ponerme mis pantalones deportivos y mi camiseta con el cuello roto. Finalmente me resigno y me pongo la camiseta de Nils. El cuello es tan grande que uno de mis hombros se sale constantemente y la tela blanca me llega casi hasta las rodillas. Por lo menos no queda a la vista ningún atentado contra el pudor.

– Lo siento, creo que ya no hay agua caliente– me disculpo al salir del baño–.

– No hay problema. No me molesta el frío– responde levantando la mirada hacia mí–. Todo lo contrario a ti...

Sus ojos de humo recorren rápidamente mi cabello mojado, mi hombro desnudo, su playera blanca sobre mis pezones duros.

Espera, ¿mis qué?!

Bajo la mirada hacia mi pecho y cruzo de inmediato los brazos para esconder a los dos pequeños traidores. Nils se divierte al verme nerviosa y luego levanta del piso su gran cuerpo, tira los restos de la cena y va a echar un ojo por la ventana de la habitación, abriendo ligeramente la cortina color amarillo mostaza que no oculta casi nada la luz de la luna o la luz de neón deslumbrante que viene de afuera. Eso significa que nunca caerá por completo la noche en esta habitación de motel.

– Voy a tomar una ducha exprés. Dejaré la puerta del baño entreabierta. Grita si hay algún problema e intenta no quedarte dormida antes de que yo regrese.

Cómo cree que voy a poder dormir imaginando su cuerpo de estatua griega goteando a menos de cinco metros de mí...

– ¿De qué lado prefieres dormir? –pregunto con lo que yo imagino que es un tono perfectamente indiferente–.

– Aún es muy pronto en nuestra relación para tener un lado asignado, ¿no? – me molesta–.

– ¡Lo preguntaba por mi seguridad!

– Sí, claro– afirma sonriendo–. Elijo el que está cerca de la puerta.

Apago la luz del techo, deshago la otra cama y me meto entre las sábanas para cortar de tajo este momento incómodo que Nils parece saborear. Escucho que se ducha rápidamente, se lava los dientes (me pregunto si robó mi cepillo), luego lo veo regresar, en bóxer, caminando silenciosamente en la habitación mientras finjo que estoy dormida.

Benditos sean la luna brillante, la cortina transparente y los genes noruegos. Gracias por este espectáculo.

Me adormezco sin saber cuándo ni por cuánto tiempo hasta que el dolor de cabeza me despierta. Después de esto, no logro dormir más de diez minutos seguidos, ya que en mis sueños agitados aparecen constantemente unos labios partidos, tatuajes tribales que serpentean sobre una piel de porcelana, unos ojos tenebrosos que cambian del gris lluvia al negro tormenta, unos pezones puntiagudos como flechas y mil peligros que surgen por todos lados.

He pensado tanto, esperado tanto y dado tantas oportunidades a este insomnio. Me levanto y llego hasta Nils caminando sobre la punta de los pies. Parece como si durmiera profundamente. A estas horas de la noche, no quiero ni despertarlo, ni seducirlo. Solo quiero hacerme un pequeño espacio en su cama, acurrucarme discretamente en él y dejarlo que me proteja, me reconforte, me tranquilice. Es justo a lo que vine. Es justamente por eso que estoy tan contenta de volver a estar con él.

Preferiría arrancarme la lengua ahora mismo antes que confesárselo.

Si tan solo mi padre no hubiera sido el intermediario...

Duermo profundamente por algunas horas, arrullada por su respiración lenta y continua, con la espalda acurrucada contra su torso. Cuando despierto, me doy cuenta de que sus brazos me rodean y de que su rostro roza mi nuca. En lo más profundo de mi vientre, las cosquillas se hacen cada vez más grandes. Detrás de mí, el vikingo permanece inmóvil pero su respiración se hace más rápida y su cuerpo se pone más tenso. Se despierta.

Sin pensar en las consecuencias, sin considerar las ventajas y las desventajas, dejo que mi deseo decida por mí. Lenta y lánguidamente empiezo a moverme contra su gran cuerpo. Cuando mis nalgas van en búsqueda de una parte específica de su anatomía (que no está para nada dormida), gruñe virilmente y voltea la cabeza hacia él, de tal modo que sus labios se juntan con los míos. Un beso fugaz pero inolvidable, una mezcla de furor y de ternura que me hace gemir.

El miedo y la excitación recorren de nuevo mis venas, sin que yo sepa cuál es mayor dentro de mí. Es el efecto de Nils Eriksen. Esta bestia pasa esas manos tan suaves por mi cuello, las desliza a lo largo de mis costados y las pasea bajo la playera XXL que cubre mi piel ardiente.

Ya estoy deseando que me muerda ferozmente los labios.

– ¿Estás segura de querer esto? – murmura con su voz grave–.

Sin esperar mi respuesta, sus dedos llegan hasta mis pezones y los pellizcan sin cuidado. Gimo y me arqueo más hacia él, mientras siento su dureza en mi espalda. Excitada como nunca, le contesto con una voz casi inaudible:

– Cállate, Nils. Confórmate con hacerme olvidarlo todo...

– Como tú digas, princesa.

De pronto, sus brazos me mueven como a una muñeca de trapo y termino tendida sobre el colchón, debajo de su imponente cuerpo. Ya no le doy la espalda. Estoy frente a él. Dispuesta a hacer lo que él quiera.

Como tú digas, gran vikingo malvado...

Me pierdo un instante en el laberinto de sus músculos. Acaricio con la mirada su gran cuerpo de gladiador bien marcado, como tallado en piedra. Este espectáculo me provoca calor. Mucho calor. Mis labios todavía saben a los suyos, y, sin embargo, siento como si nuestro último beso hubiera sucedido hace una eternidad. Me inclino hacia delante esperando alcanzar su boca. Él se quita y me besa en el cuello, en el hombro, abriendo con los dientes mi camiseta (que en realidad es suya).

– Salvaje... –gruño mientras saboreo sus caricias–.

Suelta una risita de satisfacción y luego pega su boca a la mía para besarme brutalmente. Sus labios se sienten como terciopelo, su lengua me hace perder la razón, su aliento me enciende, sus suspiros son contagiosos. Mordisqueo su labio inferior (demasiado carnoso e insolente como para escapar de mi castigo), Nils se venga presionando un poco más su erección contra mis pequeñas pantaletas blancas... y empapadas.

–Y además eres sádico... –agrego febrilmente–.

– Valentine, cállate. Confórmate con gemir y ponerme erecto– dice imitándome con una voz que se eleva–.

– Estoy a tus ordenes, Cromañón... –digo suspirando con un poco de ironía–.

Luego deslizo mis manos por su cabello, buscando jalarlos para provocarle dolor. Nils intercepta mis muñecas y con fuerza las detiene a ambos lados de mi cabeza.

– Nunca me ganarás... –suspira–.

Pasa la punta de la lengua sobre mis labios, sin besarme realmente. Es un gesto tan impertinente y sensual que me enloquece. Mi pecho se agita a toda velocidad, mi respiración es caótica. Muero por sentir una vez más sus manos sobre mí. Su virilidad dentro de mí.

Me lanzo hacia adelante y lo beso en toda la boca, sin que esta vez pueda impedírmelo. Él me regresa el beso con fervor y al fin roza mi piel desnuda con sus grandes manos. Acaricia mi cadera, mi ombligo. Juega con el resorte de mis pantaletas y luego toma con decisión mis muslos mientras gruñe como macho en celo. Esto me encanta, me gusta esta dulce brutalidad.

– ¿Acaso no me llamaste salvaje hace un rato? –dice devorando mis labios–.

Nils está tan agitado como yo. Lo miro a la luz de neón fluorescente del motel que alumbra la habitación desde el exterior. Su cabello rubio tiene el largo perfecto para verse despeinado. Sus ojos muestran destellos metálicos. Sus grandes hombros de piel blanca y de músculos tensos son maravillosos. Su belleza es embriagante y su animalidad feroz.

– Sí –le respondo–.

– ¿Sigues pensándolo?

– Más que nunca.

– Menos mal... –dice sonriendo–.

Mi camiseta ya no servía casi para nada, pues ya estaba levantada hasta mis senos desde hace un buen rato, pero aun así, esta bestia decide que es necesario quitármela. Con un movimiento seco que me hace soltar un gemido de sorpresa, Nils rompe la playera del cuello hasta abajo. En dos o tres movimientos, la tela se separa de mi piel para caer al piso. Esta es la primera víctima colateral de mi atracción loca hacia este vikingo.

Es la segunda víctima si tomamos en cuenta lo que me queda de dignidad.

Mis senos duros que apuntan hacia él ya no pueden esperar sentir sus labios. Nils Eriksen es un ogro y todo mi cuerpo ahora puede atestiguarlo. Desde hace varios largos minutos estoy gimiendo, mientras él devora cada centímetro cuadrado de mi piel. Este viejo policía está inspeccionando la zona. Está tomando muestras, recolecta pistas, con el objetivo de resolver el siguiente enigma: « ¿Cuál es la mejor manera de torturar a Valentine Laine? ».

Me besa, me acaricia, me roza, me pellizca, me presiona y cada vez que lo hace yo vuelvo a pedir que siga siendo cruel y que no se detenga. A diferencia de nuestro primer encuentro, esta vez no necesito estar en silencio. No tengo que esconderme, ni contenerme, o callar mis instintos menos pudorosos. Me dejo llevar completamente por sus caricias, me quejo un poco cuando mordisquea la piel suave de mi vientre, maldigo cuando excita mi clítoris por encima de la tela de algodón. Cuando intento deslizar las manos por su cuerpo y bajo su bóxer, Nils me pone gentil pero firmemente en mi lugar. Como si quisiera cuidar

de mí, consentirme y hacerme olvidar mis últimas veinticuatro horas sin esperar nada a cambio.

Como para probarme que no es la bestia egoísta ni el macho que yo pensaba al inicio... sino mi buen y sincero protector.

Mis pantaletas desaparecen tan rápido como mi camiseta. Nils se endereza y se pone de rodillas. Levanta bruscamente mis piernas y desliza la tela con una precisión increíble, como si ya hubiera hecho esto muchas veces... Aquí estoy entre sus manos, completamente desnuda, vibrando de deseo por él. En un impulso completamente impúdico, de pronto, me encuentro abriendo las piernas, para que mi mensaje sea muy claro.

Durante la siguiente hora, puedes hacer conmigo lo que quieras, Thor...

Una luz que yo no conocía aparece en sus ojos. Su sonrisa, en un inicio discreta, se hace más grande. Tiene algo de... erotismo que me enloquece.

– No sabía que las niñas de buena familia pudieran ser tan provocadoras... –resuena su voz ronca–.

No puedo contestar pero no importa. El macho desenfrenado ya pasó a la ofensiva. Su rostro se hunde deliciosamente entre mis muslos, y en tan solo diez segundos estoy jadeando, con una mano perdida entre su cabello sedoso y la otra sujetada del borde del colchón. Este voraz me saborea, me succiona, excita mi clítoris con la punta de la lengua, mete un dedo dentro de mí. Luego otro. Vibro, gimo, me agarro de sus hombros tatuados, me aferro a la piel firme de su espalda... después suelto un quejido bestial que incluso a mí me sorprende.

Jamás en toda mi vida había emitido un sonido como este. Mis mejillas enrojecidas corren el riesgo de no volver a su color original.

Nils aprovecha esto para alejarse de mi sexo y subir a la altura de mi rostro. Me mira un instante, me observa detenidamente como a través de un microscopio. Su mirada gris es indescifrable. No sé si está a punto de burlarse de mi grito bestial, de decirme que el encuentro ha terminado, o algo diferente. Pero no está hablando. Ningún sonido sale de su boca, pero sus labios tocan los míos y me besan con una ternura sorprendente. Percibo el sabor salado de sus labios. Es a la vez extraño y sexy. Acabamos de pasar a un mayor nivel de intimidad.

Hablando de un mayor nivel... Al fin tengo permiso de tocar el fruto prohibido. Pongo la mano sobre su bóxer y lo acaricio sobre la tela. Extendido sobre mí, Nils se pone ligeramente tenso, poco a poco se relaja al ritmo de mis vaivenes. Mi palma se desliza al fin bajo el resorte y mi piel se junta con la suya, con esta piel tan fina y tan sensible que rodea su sexo erecto. Suspiro de felicidad, él ruge de placer pero pone delicadamente la mano sobre la mía para detenerme.

– No tienes que hacerlo, Valentine– especifica el vikingo mirándome intensamente–. Nunca debes sentirte obligada.

– Tengo ganas...

– ¿De qué?

– De ti. Dentro de mí.

Suspira y luego su mano suelta la mía. Ahora puedo seguir con mis caricias. Me tomo el tiempo para quitarle correctamente el bóxer. Me mira hacerlo mientras observa mi cuerpo desnudo moviéndose bajo la luz de neón. Su sexo se pone cada vez más duro. Se hace tan grande y grueso que me hace enrojecer. Nils me besa con ardor mientras lo toco. Primero lo hago lentamente, luego *crescendo*, al ritmo apasionado de sus besos. Juzgando por su respiración que se acelera, creo que disfruta de esta sincronía.

El calor que se expande dentro de mis entrañas se vuelve incontrolable. Me excita ver su cuerpo sublime y escultural a mi disposición, la intensidad que se dibuja en su rostro viril y de rasgos increíblemente finos y sentir su sexo vigoroso crecer en mi palma... Reto a la mujer más casta del mundo a que no se derrita frente a este espécimen, o a que no se encienda así como yo en este momento.

Sin interrumpir mis caricias, extendiendo la mano hacia la pequeña mesa que separa ambas camas. Ahí dejé la bolsa con las compras, hace un rato. Dentro de ella... hay una caja de preservativos completamente nueva. Finalmente, mi intuición fue correcta. ¿Qué habría hecho sin ella en este momento? Cuando tomo la cajita, Nils encuentra la forma para hacerme perder el control una vez más:

– Era demasiado evidente...

– Quizás para mi inconsciente– admito–.

– Qué inteligente es tu inconsciente...

– Tú también deberías callarte... –digo mientras presiono un poco más la base de su sexo–.

– Mmm... –gruñe de placer–.

Se venga como puede besándome con voracidad (Dios, qué calor...). Saco un condón de su empaque y lo coloco en su sexo. Al siguiente instante ya no tengo control de nada. El animal salvaje, que dormía en lo más profundo de él, se apodera del cuerpo de mi vikingo. Y de su mirada eléctrica. Ya no soy más que su presa.

Una presa dispuesta a cooperar...

Nils se coloca encima de mí y me penetra sin preámbulo ni delicadeza. Suelto un quejido de estupor y luego algunos gritos de placer a medida que me posee. Su sexo resbala hasta lo más profundo de mí y rápidamente mi intimidad empapada se adapta a su tamaño. El ligero ardor pronto se vuelve un placer embriagante que en seguida se vuelve vertiginoso. Sus labios están en mi cuello, sus dientes mordisquean mi hombro, mientras nuestra piel choca una con otra.

Mi amante se esfuerza en escapar, en salir completamente para volver a entrar con más pasión. Cada vez intento retenerlo desesperadamente, conservarlo dentro de mi piel, tanto que encajo mis uñas en su cadera. Gruñe de dolor, de placer y yo gimo de deseo.

– ¡Nils Eriksen! –lo provooco encajándome en su piel–. ¡Deja de huir! Tómame de una vez por todas...

Si no hubiera gemido como seis veces mientras decía esa frase, quizá habría podido ser creíble...

Pero. Esto es. Tan. Rico.

El vikingo decide responder favorablemente a mi petición. Su miembro se desliza en mi interior como un rayo, con tanto ardor que doy un grito. Nils pone su mano sobre mi boca y sigue con sus movimientos. Más rápido. Más fuerte. Esto es salvaje. Casi brutal. Cierro los ojos y me voy de la tierra tibia para llegar a un edén ardiente.

Los escalofríos se apoderan de mí. El calor sube cada vez más desde mi vientre bajo hasta mis mejillas. Mi cuerpo es zarandeado por la bestia más dulce y parece liberarse de todas sus tensiones, sanar todas las cicatrices. Acaricio la cicatriz que marca el muslo de mi amante mientras sale para volver a entrar una vez más dentro de mí, para poseerme aún con más fuerza. Grito de placer, susurro su nombre. Nils me besa apasionadamente mientras me penetra cada vez con más intensidad.

Y después de esto... Hay una explosión sensorial... Tiemblo, pierdo el control. Esto es muy bueno, demasiado bueno, casi insoportable. El orgasmo se apodera de mí con una violencia inaudita. El placer es tan grande que ningún sonido logra pasar la barrera de mis labios. Nils siente como todo mi cuerpo se tensa con un último impulso y pronto se une a mí con algunos vaivenes, gritando en mi oído algunas palabras desconocidas en mi repertorio.

Las palabras que acaba de pronunciar ya las olvidé. Ahora estoy flotando... sobre una nube que viene directo de Noruega... Todo mi cuerpo tiembla... Y el salvaje me sonrío.

5. Cúbranse todos

Nils

Me despierto antes que ella. Tengo el cuerpo un poco dolorido pero creo que no tiene ninguna relación con mi encuentro amistoso con los dos torpes en Nevada. La verdadera culpable todavía está durmiendo. Sobre *mi* cama. Creo que me equivoqué. Esta chica no es sólo la hija de un millonario de corazón de acero cepillado. Valentine Laine-Cox no tiene nada de princesa, ni de hija de papi. Me gusta su belleza andrógina, su cabello corto y su hermosa boca, su pequeño cuerpo nervioso y su delicado pecho. Tiene cierto parentesco con Natalie Portman. Híper sexy y del tipo de chicas que están dispuestas a hacer todo sin temerle a nada. Parece que a Valentine no le importa en absoluto usar o no su sostén, ni comprarse pantaletas sin holanes en una *drugstore* en medio de la carretera. No le importa maquillarse o no, ponerse joyas o arreglarse mucho. Eso me gusta.

Bueno, la verdad es que todas las mujeres me encantan y debo confesar que casi nunca les digo que no. Pero ésta es muy valiente. Me gusta que haya venido a acurrucarse en mí, en medio de la noche, sin preguntarme mi opinión, justo después de haber sido rescatada de su segundo secuestro después de seis meses. No escuché que se quejara ni una sola vez. A veces me reclama cosas, sí. También se enoja. Pero lo hace para obtener lo que quiere en vez de lloriquear por lo que no tiene. Tiene un lado que lucha, que es independiente y que también me parece divertido. Estoy seguro de que se esfuerza mucho por ser la mejor. En todo. Sí, esta chica me gusta. Tal y como es.

Me levanto de la cama lo más discretamente posible. Ella se mueve un poco, se recuesta del otro lado, empuja la sábana que debe darle mucho calor y me deja mirar, a medias, la desnudez de su cuerpo. Luego se vuelve a dormir. En el piso, junto a la mesa que separa ambas camas, descubro la caja de preservativos abierta y sonrío. Qué astuta es esta mujer. Tenía todo calculado. Preparó su hermosa trampa y yo caí en ella de inmediato, como un ángel que salta sin pesar, desde una roca a diez metros de altura. Le salió bien. Me dejé engañar como un niño. Y lo peor es que estoy esperando la revancha cuando ella quiera.

Valentine se despierta justo cuando salgo de la ducha. Me quedo un rato con el torso desnudo para ver su reacción, pero no posa ni una sola vez sus ojos negros en mí. Tampoco está sonriendo. De hecho, apenas contesta a mis buenos días. Está sentada en el colchón, con las piernas dobladas, su pequeño cuerpo enrollado en la sábana blanca. Parece un poco incómoda de no estar en la cama correcta. Por respeto, me quedo en silencio y termino de vestirme, guardando mi distancia.

- ¿Cuándo nos iremos? –me pregunta con la voz un poco ronca–.
- En cuanto estés lista. Sólo compraremos un desayuno para llevar.
- No tengo hambre.
- Yo sí.
- De acuerdo.

Y es así como estúpidamente una noche tan expresiva termina en un diálogo monosilábico.

Vuelve a ponerse su ropa de corredora limpia y planchada, mientras murmura algo que suena como a un gracias hacia mí. Anoche llamé al servicio de tintorería mientras ella se quedaba dormida. Sin embargo, no parece importarle mucho si se pone algo limpio o sucio en el cuerpo esta mañana. Maldita

princesa.

Volvemos a tomar la carretera hacia Los Angeles, cada quien con un gran vaso de café. Ella da pequeños sorbos al café en vez de beberlo, como si bastara con olerlo para tomarlo. Seguro eso la hace sentir bien. Mi vaso está vacío desde hace un buen rato pero las tres rosquillas grasosas que me comí me dieron sed.

– Te cambio uno de estos panecillos por una botella de agua –le propongo para romper el silencio–.

– No acepto el trato– contesta levantando los hombros–.

Le quita la tapa a la botella de agua para facilitarme la tarea y me la da. Sé perfectamente cómo arreglármelas cuando estoy al volante, pero aún así es tierno lo que hace. Muero de ganas de beber toda el agua de un solo trago pero me contengo, a pesar de que detesto compartir. Por otro lado, no creí que Valentine cambiaría de opinión respecto del desayuno. Ya se devoró una rosquilla entera, vuelve a tomar su botella de agua, bebe grandes tragos detrás de mí y está lista para comer otro pan. Me pregunto dónde le cabe toda esta comida. Intento mantener mi mirada en el camino en vez de en los granos de azúcar que encuentran un refugio en su labio inferior. Qué afortunados.

– ¿Cómo está Rita? –me interroga, con la boca llena, como si la pregunta tuviera algo que ver con la conversación anterior–.

– ¿Rita Shank? No tengo ni idea. ¿Por?

– ¿Cómo? –continúa Valentine, haciéndose la inocente–.

– ¿Cómo qué? –pregunto con calma, sin entender qué tiene que ver la actriz aquí–.

– No lo sé, para saber si tienes alguna exclusiva respecto de su carrera, su próximo filme o...

– Puedes *googlearla* si las noticias de espectáculos te apasionan tanto– contesto dándole mi iPhone–.

Valentine levanta los ojos al cielo para rechazar mi propuesta, se chupa los dedos y mira por la ventana como para decirme « se cierra la conversación ». Incluso podría decir que está haciendo berrinche.

– ¿Decidiste pasar de enterarte de las últimas noticias de espectáculos a admirar los paisajes del conde San Bernardino? –digo para provocarla–. ¡Qué rápido cambian tus pasiones!

– Menos rápido que tú cuando cambias de novia, aparentemente.

¡Entonces esa era la verdadera pregunta!

Querer ser la mejor en todo y al parecer eso también incluye querer ser la mejor *para mí*. O sea, la única. La imagen de un combate entre Natalie Portman y Rita Shank viene a mi mente. Me las imagino en el lodo. Y sin sostén.

– ¿De dónde sacas eso? –insisto evitando sonreír–.

– ¡Ustedes dos estaban en la sala de espera del Doctor Wong hace tan solo una semana! – me dice como explicación–.

– ¡¿Perdón?! –

– Bueno, en una foto. De una revista barata. Sin pantaletas. Bueno, ella. El artículo no mencionaba nada acerca de tu ropa interior. Sólo había un comentario tonto de tu sonrisa estúpida y de tu posible ascendencia sueca.

– ¡Auch! Me duele mi mitad noruega–río golpeándome con el puño el pecho–. ¿Entonces dedujiste que la verdad absoluta venía de esas líneas estúpidas?

– Deduje que te acostabas con ella, si así lo quieres ver.

Su tono molesto me divierte, sobre todo porque no logra (o no quiere) disimularlo. Dudo en seguir confundiéndola o en aclarar el malentendido. Aunque la verdad Rita Shank es una peste y Valentine no se merece que yo mienta por ella. Sobre todo después de todo el trabajo que me costó deshacerme de ese asunto después de que mi misión con ella terminó. Maldita sanguijuela.

– Yo era su guardia y nada más– digo simplemente–.

– ¡Qué difícil es tu trabajo! –contesta irónicamente–.

– Digamos que hay trabajos que me gustan más que otros –le explico sinceramente–. Pero ese trabajo dejaba buen dinero y necesitaba plata en ese entonces.

– No necesito saber todo esto– replica volviendo a tomar su tono indiferente–.

– Qué extraño. Tú hiciste la pregunta.

– Eso fue hace media hora. Hace un buen rato pasé de Rita a San Bernardino, ¿recuerdas?

– Estamos en el condado de Los Angeles ahora. Intenta poner atención si quieres dejarme callado.

– Menos mal. Eso significa que ya casi llegamos.

La dejo ganar este duelo verbal al darme cuenta de que no se rendirá hasta que no tenga la última palabra. Una vez más se voltea hacia la ventana y dobla las piernas hacia su pecho, como, me parece, suele hacer seguido. La veo minúscula en el asiento del copiloto de mi hummer. Minúscula pero testaruda. Minúscula pero quejumbrosa. Minúscula pero increíblemente presente.

Seguimos el camino en silencio y me detengo un poco antes de llegar a Santa Monica. No había tenido tiempo para hacer esto pero el buzón que veo me lo recuerda. Deslizo los mil dólares que tenía preparados dentro de la tarjeta de deseos y meto todo en un sobre con un timbre donde escribo rápidamente la dirección de Tilly Gomez. Valentine me mira de reojo y yo salgo del auto para enviar mi pequeño paquete, antes de que la curiosa se atreva a preguntarme algo. Cierro fuertemente la puerta del auto para mostrarle que no estoy de humor para hablar. Mi acto funciona de maravilla.

Algunos minutos más tarde « entrego » la otra « mercancía », sonriendo en mi interior porque sé que ella detestaría escuchar lo que estoy pensando. Y no le molestaría decírmelo. Una vez en la inmensa sala de diseñador de la villa, el imbécil Darren Cox nos recibe, tan fríamente como la última vez.

– Gracias, Eriksen. Mi abogado se ocupará del pago. Y hola, Valentine.

¡Vaya! Esta vez sí fue amable. Sin embargo, eso no lo vuelve más cariñoso. Al ver el cabello blanco de Darren, al tener este piso de mármol impecable bajo nuestros pies y las paredes blancas color azul claro a nuestro alrededor, la escena me parece extrañamente como un reportaje aburrido acerca de un iglú en el Polo Norte.

– ¿Nuestro otro acuerdo sigue en pie? –me pregunta el millonario al ver que su hija no contesta–.

Asiento con la cabeza, en silencio, un poco perturbado por esta situación. Valentine parece estar lastimada, como si sufriera por el hecho de no ser más que el objeto de transacción financiera de su padre. ¿O quizás estará decepcionada de mí? Creo que éste no es el momento ideal para decirle que ya no necesito hacer este tipo de trabajos para ganarme la vida. Mi despacho de detectives privados está teniendo éxito. Gracias al dinero que gané con Roman pude contratar siete hombres que trabajan para mí. Incluso tengo un secretario. Sigo haciendo algunos trabajos por gusto. Y en este caso lo hice porque tenía ganas de volver a verla. Aunque ella nunca podría creerlo. Quizá debí haberle dicho esto en el auto, en vez de debatir con ella acerca de la geografía de California o de la carrera de una actriz un poco estorbosa.

Además, esa noche no estaba incluida en el contrato. Y al parecer ella la disfrutó tanto como yo...

Quizá podría encontrar una buena razón para irme de aquí junto con ella. ¿Pero cuál? ¿Algo que tenga que ver con la seguridad? ¿Una amenaza que acaba justo de surgir? ¿Mickey y Goofy no siguen persiguiendo con su cara desfigurada y su hombro dislocado? No tengo tiempo para llevar a cabo mi operación comando en medio del iceberg porque llega la mujer de Cox para abrazar a su hija, tan emotiva y cariñosamente que el encefalograma de su marido se queda anonadado.

El hombre sentimental se dispone a irse, considerando, sin duda, que todo este asunto del secuestro está completamente solucionado y pensando que ahora puede ir a ocuparse de sus problemas de todos los

días, hasta que Valentine le habla:

– ¿Por qué te negaste a pagar mi recompensa? ¿Te cuesta mucho trabajo gastar un poco de tu dinero en mí?

– Es lo último que debe hacerse en esos casos– responde, lo más serio posible–.

– Mi vida no vale ni unos cuantos millones de dólares –confirma Valentine con amargura–. Sobre todo cuando se tiene una calculadora por corazón.

– Te prohíbo que digas algo así– se queja Darren, subiendo el tono–. ¿Me hice cargo de tu caso, no?

– ¡¿Mi qué?! –se indigna de pronto Valentine–.

– No es lo que quise decir –se defiende torpemente Cox–.

– ¡Claro que sí! Es justo lo que quisiste decir– exclama sonriendo falsamente, como si ahora entendiera todo–. Hiciste tus cálculos financieros... Pensaste en mi valor porque para ti no soy más que uno de tus « bienes »... Y terminaste concluyendo que pagarle a un tipo para que me rescatara era menos costoso. Creíste que podía fácilmente esperar uno o dos días muriendo de miedo y de frío, ¿no?

Auch. Ese fue un buen golpe.

La madre de Valentine desliza su gran mano débil en el hombro de Valentine para intentar tranquilizarla. Creo que nunca la había visto tan enojada, a pesar de que seguido se molesta conmigo. Darren balbucea cosas que apenas se entienden para intentar justificarse. Es muy patético. En cuanto a mí, contengo mis ganas de intervenir para defender a la anti princesa que está a punto de estallar. Visto desde una perspectiva estratégica, Darren tuvo razón en no pagar el rescate. ¿Pero por qué se comporta como un imbécil? Si tan sólo fuera más humano, todo estaría mejor. Aunque, a partir de lo que escucho, me doy cuenta de que Valentine no necesita a nadie para defenderse de su padre:

– ¡Lo único que te molesta de todo esto es que quieran « robarte » fácilmente todo lo que te pertenece! ¡O sea, yo! ¡Sentirías lo mismo si te robaran tu sofá o tu estúpido reloj! –dice señalando violentamente con el dedo el famoso Nixie Machine–.

– No es verdad... No sabes cuánto... Esto no tiene nada que ver... –suspira Darren, impotente frente a la rabia de su hija–.

– ¡Estoy harta de que pienses que mamá y yo somos muebles! ¡Que nos cuides del mismo modo en el que cuidas tus autos de colección carísimos que nunca utilizas! De una vez te digo que no voy a dejar que me pongas un chip antirrobo, una alarma y un GPS debajo de mi carrocería. ¡Nunca podrás controlarme de ese modo!

Atención: el iceberg está a punto de estrellarse. Cúbranse todos.

Espero que la tormenta pase para salir por la tangente. Aunque algo me dice que Valentine no ha terminado de gritarle a su padre. Puedo verlo en la cara de sorpresa que tiene el tipo que funciona como su padre. Darren tendrá que escucharla por varios meses.

Sólo esperemos que el viento no venga en mi contra...

Continuará...

¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

¡Tú te lo buscaste! - 3

Tengo 24 años, un padre tiránico y un imperio babilónico que debo dirigir. Mi fortuna colosal y mi lindo trasero hacen que yo sea el mejor partido de Los Angeles. Cuando sonrío, la gente se desvanece. Cuando ordeno algo, me obedecen. Pude haberme llamado Mike, John o William, pero mis cromosomas decidieron otra cosa. Me llamo Valentine Cox. Soy una mujer que debe imponerse en un mar de tiburones y no hay nada ni nadie que pueda conmigo.

Al menos esto era así hasta la llegada escandalosa de Nils Eriksen, el hombre que me salvó la vida provocando un caos increíble. Nuestro destino se enfrenta, se mezcla y se entrelaza sin cesar, y nuestro cuerpo sólo nos pide que hagamos lo mismo...

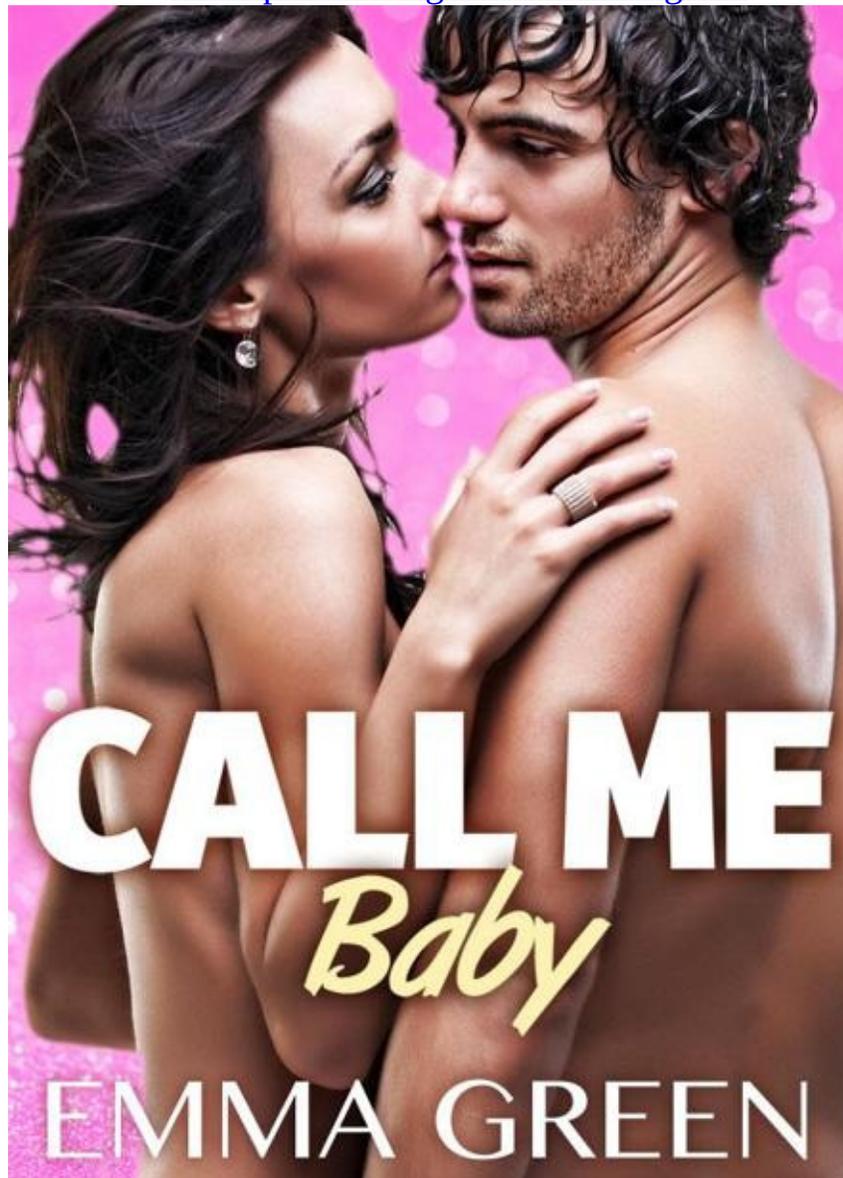


En la biblioteca:

Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo! ***"Multimillonario busca niñera."*** Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia... explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris
July 2016
ISBN 9791025732014